

## Ocaso de la distensión y agotamiento de la URSS, 1973-1979

¿Qué debe temer la Unión Soviética? Sólo su propia impotencia, su relajamiento, su laxitud.

MOLOTOV, mayo de 1972

La historia inició una nueva página la Nochebuena de 1979, cuando unas columnas motorizadas soviéticas cruzaron los puentes construidos de prisa y corriendo sobre el río Amu Daria, cerca de la ciudad de Termez, y empezaron a adentrarse en los oscuros desfiladeros abiertos entre los picos nevados de Afganistán. Los ciudadanos soviéticos se enteraron de la noticia por las emisoras occidentales de onda corta. Más o menos por esa misma época, los comandos de elite «Alfa» y «Berkut» asaltaban el palacio del secretario general del Partido Democrático del Pueblo de Afganistán, Hafizullah Amin, matándolo junto a toda su familia y su guardia. El KGB estableció un gobierno títere encabezado por Babrak Karmal, un comunista afgano exiliado. Pocos días después, la agencia soviética de noticias TASS anunciaba que la invasión había sido causada por «unas condiciones extremadamente complicadas que ponían en peligro las conquistas de la revolución afgana y los intereses de seguridad de nuestro país». La noticia constituyó incluso una sorpresa para la mayoría de los miembros de la elite familiarizados con la política exterior. Los expertos en la región no fueron informados previamente de la invasión. Los especialistas más destacados del Instituto de Estudios Orientales de la Academia

Soviética de las Ciencias se dieron cuenta inmediatamente de que los viejos del Kremlin habían cometido un error político fatal. Afganistán era un territorio históricamente inconquistable, habitado por una población de montañeses musulmanes ferozmente xenófobos. No obstante, sólo un ciudadano particular, el académico disidente Andrei Sajarov, padre de la bomba nuclear soviética, expresó públicamente su protesta por la invasión. El Politburó lo desterró inmediatamente de Moscú y lo envió a Gorka, lejos del alcance de los corresponsales extranjeros.<sup>1</sup>

En el mundo el impacto de la repentina invasión soviética fue mucho mayor que la conmoción provocada por la invasión similar de Checoslovaquia en 1968. Ésta no frenó el proceso de distensión en Europa y sólo supuso un breve revés para las conversaciones sobre armas estratégicas entre Estados Unidos y la URSS. No ocurrió lo mismo en 1979. La reacción de Europa Occidental ante los acontecimientos fue heterogénea, pero las represalias norteamericanas fueron inmediatas y duras. El presidente Jimmy Carter y su consejero de seguridad nacional, Zbigniew Brzezinski, llegaron a la conclusión de que la invasión de Afganistán no podía ser más que el comienzo de una ofensiva estratégica contra el golfo Pérsico, el depósito de petróleo más grande del mundo. Ello suponía un peligro clarísimo e inminente para los intereses más vitales de Estados Unidos. En una serie de medidas punitivas, la Casa Blanca congeló y suspendió la mayoría de los acuerdos de la distensión, las conversaciones iniciadas, las actividades comerciales y las relaciones culturales con los soviéticos. Carter impuso incluso un embargo de las beneficiosas ventas de grano a la URSS e hizo un llamamiento al mundo entero para que se boicotearan los Juegos Olímpicos que debían celebrarse en Moscú el verano siguiente.

Quince años después, los nuevos testimonios de los archivos del Kremlin demostrarían que las autoridades soviéticas no tenían ningún plan agresivo cuya finalidad fuera llegar al golfo Pérsico. Los especialistas han llegado a la conclusión de que la iniciativa de los dirigentes soviéticos fue principalmente una reacción ante los acontecimientos que se habían desarrollado en Afganistán y en la zona circundante. Selig S. Harrison resumía los hechos en los siguientes términos: «Los

acontecimientos políticos afganos impulsaron a Brezhnev y sus consejeros a acelerar su rumbo más de lo que habrían podido figurarse o incluso más de lo que habían programado, por medios que no fueron capaces de controlar y con unos resultados no deseados que no habían previsto».<sup>2</sup>

Vistas las cosas retrospectivamente, la invasión de Afganistán, a pesar del éxito militar que supuso en un primer momento, se presenta como uno de los primeros signos del modo en que la URSS llegó a forzar la máquina de su imperio. Como si pretendiera demostrar este punto, en el verano de 1980 estalló una revolución en Polonia. La ascensión del movimiento nacional anticomunista «Solidaridad» supuso una amenaza a las posiciones geopolíticas de la URSS en Europa Central mucho más grande que la Primavera de Praga. Sin embargo, los líderes del Kremlin decidieron no enviar tropas a Polonia, permitiendo que la revolución continuara hasta diciembre de 1981.<sup>3</sup> El temor a la reacción norteamericana tuvo sólo un papel marginal en esta decisión. Vojtech Mastny afirma: «La conducta de Moscú en la crisis polaca no estuvo influenciada de modo significativo por ninguna medida política concreta de Occidente».<sup>4</sup>

Si la invasión de Afganistán por los soviéticos fue un error de cálculo desastroso y un plan ofensivo, ¿debería invitarnos a hacer un replanteamiento de todo el período anterior? Como se encargan de informarnos muchos libros sobre la Guerra Fría de los años setenta, esta fue una época de rápida decadencia de la «gran» distensión entre la Unión Soviética y Occidente. A continuación se produjo una intensa carrera armamentística, tanto a nivel cualitativo como cuantitativo; entre las superpotencias se desencadenaron batallas por poderes en África, sobre todo en Angola (1975-1976) y Etiopía (1977-1978). Zbigniew Brzezinski pensaba que «la distensión ha sido enterrada en las arenas de Ogaden», debido a la intervención de la URSS en la guerra entre Etiopía y Somalia que asoló el Cuerno de África. La mayoría de los veteranos en materia de política exterior de la URSS insistían también en que la distensión era ya una fuerza gastada antes de finales de 1979. Sin embargo, culpan de esta situación a los malentendidos surgidos entre la administración Carter y los gobernantes del Kremlin.<sup>5</sup>

Una mirada más atenta al panorama interno de Estados Unidos y de la Unión Soviética nos ayuda a explicar la decadencia de la distensión. En 1975 la distensión se había convertido en Estados Unidos en un término contaminado, blanco de las críticas de numerosos políticos de los dos grandes partidos. Menos comprendidas y estudiadas han sido las actitudes soviéticas ante el deterioro de las relaciones con Washington. El presente capítulo explora la capacidad cada vez menor de Brezhnev de orientar la política exterior soviética y de mantener el impulso positivo de las relaciones soviético-norteamericanas. A medida que se incrementaba el deterioro de su interés personal y de su salud, otros factores de naturaleza burocrática e ideológica condenaron la política exterior y la política de seguridad de la URSS a la deriva, al estancamiento y a un peligroso agotamiento.

#### DISTENSIÓN Y DERECHOS HUMANOS

Cuando el año 1972 estaba a punto de finalizar, las perspectivas de «asociación» entre Estados Unidos y la Unión Soviética parecían mejores que nunca desde 1945. El Senado norteamericano ratificó el tratado de misiles antibalísticos y aprobó un acuerdo provisional sobre el SALT. En el mes de octubre se firmó un paquete de acuerdos económicos y comerciales entre los norteamericanos y los rusos, allanando el paso para la concesión de un estatus comercial no discriminatorio a las exportaciones soviéticas a Estados Unidos y de un apoyo crediticio oficial a las exportaciones norteamericanas a la Unión Soviética. Nixon prometió públicamente suministrar a Moscú créditos a largo plazo. La actividad de los canales extraoficiales era incesante, debido a la exhaustiva información que los norteamericanos compartían con Moscú acerca de las fases finales de las conversaciones de París para la consecución de una paz en Vietnam.<sup>6</sup> En el mes de noviembre, los dos grandes socios de Brezhnev en Occidente, Nixon y Willy Brandt, fueron reelegidos, uno por los pelos, y el otro con un margen considerable.

El 20 de noviembre, Brezhnev apareció en la secretaría del partido tras un largo período de enfermedad. «Todo va bien», dijo ante la multitud de *apparatchiks* que lo ovacionaban. «Al final, las fuerzas

victoriosas han resultado ser las fuerzas de la paz, no de la guerra.» Brezhnev pensaba ya en la entrevista preliminar en Helsinki para discutir los preparativos de una conferencia sobre seguridad europea. Como consecuencia del acercamiento entre la URSS y Alemania Occidental, concluía Brezhnev, «inspiramos y organizamos los asuntos europeos. Deberíamos tenerlo bien presente y no permitir que se nos escape de las manos». <sup>7</sup> También en el mes de noviembre, por insistencia de la URSS, los delegados de Europa del Este y de Europa Occidental, junto con la Unión Soviética, Estados Unidos y Canadá, acordaron desarrollar la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa. Esta organización, a juicio de Brezhnev, debía convertirse en la estructura política definitiva del continente, sustituyendo a la OTAN y al Pacto de Varsovia.

Durante la primera mitad de 1973, el secretario general recogió los frutos de la diplomacia soviética. En mayo, fue el primer líder soviético que visitó Alemania Occidental, el país que la propaganda rusa había vilipendiado durante décadas tachándolo de nido de neonazis. Brezhnev estaba entusiasmado con todo lo que veía, empezando por su residencia, el palacio Giernich, en las proximidades de Bonn, y su nuevo coche deportivo BMW, regalo de Willy Brandt. Las buenas relaciones personales existentes entre los dos líderes se tradujeron en fructíferas negociaciones entre políticos e industriales: la Unión Soviética incrementó los suministros de petróleo, gas y algodón a cambio de equipamientos, tecnología y los ansiados artículos de consumo alemanes. <sup>8</sup>

En junio de 1973, Brezhnev viajó a Estados Unidos y de nuevo allí fue incapaz de ocultar su entusiasmo y su placer. Visitó Washington y pasó unos días en Camp David y en la mansión de Nixon en San Clemente, California. Condujo también coches norteamericanos a una velocidad de vértigo con un Nixon aterrorizado a su lado, dio un abrazo a la estrella de Hollywood Chuck Connors, y se divirtió como un niño con un revólver de juguete y una pistolera de vaquero que le regaló el presidente. Pero en realidad los resultados de su visita fueron muy modestos. Todavía no se había producido ningún gran adelanto en materia de cooperación comercial y económica. No obstante, Brezhnev estaba radiante de satisfacción cuando el 22 de junio, ani-

versario de la invasión nazi de la Unión Soviética, Nixon y él firmaron un acuerdo bilateral sobre prevención de la guerra nuclear.<sup>9</sup>

Para el secretario general el acuerdo de promesa no nuclear era un paso importante hacia el cumplimiento del deseo de su padre. Nixon y Kissinger veían las cosas de forma distinta. Más tarde afirmarían que fue una medida destinada a dividir a Estados Unidos y a la OTAN. En sus memorias, Kissinger insiste en que él fue el primero en ver la propuesta de Brezhnev como «una maniobra peligrosa de los soviéticos cuya finalidad era inducirnos a renunciar al uso de las armas nucleares, de las que al fin y al cabo dependía la defensa del mundo libre». Kissinger escribe incluso que fue una jugada encubierta de los soviéticos para justificar un ataque preventivo contra China. En realidad, en el momento de su firma, Kissinger y Nixon consideraron el acuerdo un gesto puramente simbólico. El efecto «disgregador» que pudiera tener entre los aliados de la OTAN no les preocupó mucho, y ni siquiera consultaron a sus socios de Europa Occidental. En cuanto a la capacidad de los chinos de iniciar una guerra nuclear preocupaba por entonces a los norteamericanos tanto como la de los soviéticos.<sup>10</sup>

Este abismo entre las intenciones de Brezhnev y el modo en que sus socios norteamericanos las percibían (o al menos han querido presentarlas) es un indicio de cuáles eran los límites de la confianza entre Washington y Moscú. En efecto, ambos bandos veían la distensión como una competición amañada, como una continuación de la Guerra Fría por unos medios menos peligrosos. Raymond Garthoff, estudioso de la distensión y participante en ella, observaba que ambos bandos deseaban conseguir, en cuanto fuera posible, una ventaja unilateral sobre el otro. Mientras Brezhnev estaba encantado del fortalecimiento de la posición política de la URSS en Europa, Nixon viajaba activamente por la periferia del bloque soviético: a Irán, en un intento de convertir al shah en procónsul norteamericano en el golfo Pérsico, y a Polonia, reavivando las esperanzas antisoviéticas en el corazón mismo del Pacto de Varsovia.<sup>11</sup>

No fue la estrategia, sino más bien la política nacional, la ideología y los intereses burocráticos lo que hizo que los políticos norteamericanos y los dirigentes soviéticos continuaran pisando el terreno

perfectamente conocido de la «negociación desde la fuerza». Tras firmar el acuerdo SALT, Nixon solicitó el incremento de las armas estratégicas. Cuando fue a Alemania Occidental, Brezhnev se negó incluso a discutir el inminente despliegue de unos novísimos misiles soviéticos de alcance medio, los «Pioneer», llamados posteriormente en Occidente SS-20. El asistente de Brezhnev, Alexandrov-Agentov, cree que su jefe «seguía las indicaciones de nuestras autoridades militares, sobre todo de Ustinov, apoyado por Gromiko». Los militares estaban muy orgullosos de los nuevos misiles móviles de alta precisión, considerándolos la ansiada respuesta a las bases de la OTAN que rodeaban la URSS.<sup>12</sup>

En esta situación, la única esperanza para la distensión soviético-norteamericana era que Brezhnev y Nixon consideraran la distensión un proyecto conjunto digno de que invirtieran en él tiempo y capital político. A decir verdad, Nixon y Kissinger se jugaban mucho personalmente en la distensión y se esforzaron por quitar de en medio tanto en el gobierno como en el Congreso a cuantos pudieran ganar crédito con ella. No obstante, la distensión para ellos era uno más de los asuntos que se traían entre manos. Los enormes objetivos que tenía Nixon antes de noviembre de 1972 eran negociar el final de la guerra de Vietnam y obtener la reelección. Kissinger jugaba un juego todavía más complejo en el que se incluían China y Oriente Medio. Y desde el primer momento, el potencial de la reacción en contra de la distensión en Estados Unidos fue mucho mayor que en cualquier otro país de Occidente. Al principio, Nixon pudo controlar a la derecha conservadora, pero el escándalo Watergate no tardaría en erosionar ese control y permitiría que los numerosos enemigos liberales de Nixon atacaran la distensión junto con el resto de la actuación del presidente.<sup>13</sup>

El plan de Brezhnev era notablemente distinto. Anatoli Cherneniaev, el *apparatchik* «ilustrado» del Departamento Internacional del Comité Central, señala en su diario que «el principal proyecto vital de Brezhnev es la idea de paz. Con ella quiere permanecer en la memoria de la gente».<sup>14</sup> Siempre que pudo permitírselo, Brezhnev hizo algún esfuerzo extra para ayudar a sus nuevos «amigos», Brandt y Nixon, y para salvar la distensión de los ataques de la oposición en su

país. El secretario general contempló incluso la posibilidad de instituir algún tipo de alianza entre los tres líderes. En septiembre de 1972, sugirió a Kissinger hacer algo para contribuir a la reelección de Brandt. «Usted y yo estamos interesados en ver[lo ganar].» Kissinger respondió de forma evasiva que si la coalición de la Unión Cristiano-demócrata y la Unión Socialcristiana (CDU-CSU) ganaba en Alemania Occidental, la administración Nixon «utilizaría nuestra influencia con ellos para que no cambiaran de política».<sup>15</sup>

La cuestión de la emigración judía puso a prueba la disposición de Brezhnev de ayudar a Nixon y a Kissinger en sus juegos de política interior. Desde 1971, la Unión Soviética, víctima de una presión cada vez mayor, había establecido unas cuotas muy modestas para los judíos que quisieran emigrar. Tras la cumbre de Moscú y las negociaciones a través de canales extraoficiales con Kissinger, las autoridades soviéticas acordaron elevar la cuota de los individuos que podían solicitar «residencia permanente en Israel». En el período comprendido entre 1945 y 1968, sólo se permitió abandonar la Unión Soviética a 8.300 judíos. De 1969 a 1972, la emigración judía pasó de las 2.673 personas al año a 29.821 y continuó creciendo de manera exponencial.<sup>16</sup> Brezhnev tuvo que invertir una cantidad considerable de capital político permitiendo esa emigración, pues, ideológicamente, la concesión de esas autorizaciones era tanto como traicionar a la «madre patria» soviética. Además, muchos *apparatchiks* compartían los prejuicios antisemitas y vieron mal que se permitiera emigrar a los judíos con tanta facilidad. En agosto de 1972, las autoridades soviéticas publicaron un decreto especial que exigía a los emigrantes judíos «compensar» al estado por los costes de su educación como requisito para obtener el permiso de salida. Este proyecto de «judíos por dinero» no tardaría en tener unas consecuencias políticas que resultaron desastrosas para los objetivos de la distensión soviética.

La comunidad judía norteamericana utilizó esta práctica como *casus belli* contra el antisemitismo soviético e indirectamente contra el antisemitismo norteamericano. Los medios de comunicación estadounidenses lanzaron una feroz campaña contra el «impuesto de salida» que debían pagar los judíos soviéticos, y en el Congreso surgió una poderosa oposición judeo-liberal-conservadora al paquete de

acuerdos comerciales y financieros con la URSS. Henry M. Jackson, senador demócrata por el estado de Washington, político con ambiciones presidenciales, logró condicionar la ratificación de la ley de comercio soviético-estadounidense a la «libertad de los judíos soviéticos». Charles Vanik, de Ohio, secundó la enmienda en la Cámara de Representantes. La enmienda Jackson-Vanik significaba la introducción de un cambio radical en el Congreso de Estados Unidos y quitó de las manos a Nixon y Kissinger la «zanahoria» más apetitosa que podían ofrecer a Brezhnev: la concesión de un estatus no discriminatorio a las relaciones comerciales con la Unión Soviética y apoyo crediticio oficial a las exportaciones estadounidenses a la URSS.<sup>17</sup> La campaña puso de manifiesto cuán superficial y frágil era el apoyo que tenían en el interior los acuerdos que pudiera alcanzar el gobierno norteamericano con la Unión Soviética. Resulta asimismo curiosamente ilustrativa del poder de los grupos de interés y de los factores ideológicos en la política exterior norteamericana.<sup>18</sup>

Al principio, Brezhnev guardó las distancias respecto al incremento de los disturbios; no era antisemita, pero al mismo tiempo no tenía deseo alguno de quemarse por un asunto tan candente.<sup>19</sup> Las repetidas peticiones de la Casa Blanca instándole a hacer algo lo indujeron a cambiar de opinión. Tras obtener el apoyo del principal ideólogo del partido, Mijail Suslov, pidió en secreto al KGB y al Ministerio del Interior que eliminaran el impuesto de salida a la mayoría de los emigrantes judíos, especialmente a los de mediana edad y a los ancianos. Sorprendentemente, las burocracias hicieron caso omiso a esta instrucción informal de Brezhnev y en la primavera de 1973 seguía exigiéndose a algunos emigrantes que pagaran el impuesto de salida. Durante los dos primeros meses tras la introducción de dicho impuesto, menos de cuatrocientos judíos pagaron 1,5 millones de rublos por obtener el derecho a salir de la Unión Soviética.<sup>20</sup>

No tardaron en llegar nuevas señales de Washington, y el 20 de marzo el secretario general planteó la cuestión ante el Politburó. Las actas de la sesión reflejan la cautela de Brezhnev. El secretario general debía contar con lo delicada que era la cuestión judía y su poder explosivo. Comunicó a sus colegas lo que pensaba sobre la posibilidad de levantar la prohibición de la vida cultural judía en la Unión Soviética.

tica que había impuesto Stalin. Sin embargo, añadió rápidamente que hablaba de ella sólo «como motivo de reflexión». Como consecuencia, el impuesto de salida fue derogado, pero «informalmente», para no dar a entender al lobby projudío norteamericano que se le hacía cualquier tipo de concesión. Brezhnev acordó además con Suslov, Andropov, Kosygin y Grechko que a los individuos con formación y cualquier tipo de cualificación, a los especialistas de los laboratorios militares secretos, o a los científicos y profesionales de alto nivel no se les concedería ningún visado de salida con destino a Israel, «pues no deseo enzarzarme en disputas con los árabes», reconocería. Todo el sistema de discriminación contra los judíos impuesto por el estado siguió intacto.<sup>21</sup>

Algunos años después, Anatoli Dobrinin escribiría que la postura de Brezhnev y de Gromiko ante la emigración judía era «irracional». <sup>22</sup> Esta opinión pasa por alto el dilema que la enmienda Jackson-Vanik puso ante los arquitectos soviéticos de la distensión. Los acuerdos comerciales y financieros con Estados Unidos tenían para ellos un alto valor simbólico y material. Al mismo tiempo, las nuevas condiciones planteadas por los norteamericanos eran de todo punto inaceptables, pues estaban en contradicción con el principio de paridad y de igualdad, el principal objetivo de la distensión para los soviéticos. Éstos se preguntaban: ¿Por qué los Estados Unidos iba a dictar sus condiciones políticas a otra superpotencia respecto a unos acuerdos económicos que también le eran beneficiosos? ¿Qué iban a decir los aliados árabes de Oriente Medio a la emigración ilimitada de judíos soviéticos a Israel? Más hondo era el problema de la política interna y de la ideología: la autorización de una emigración masiva perjudicaría gravemente la propaganda del «paraíso socialista» soviético que nadie estaba dispuesto a dejar y el proceso de asimilación de los judíos en «la familia de pueblos soviéticos». ¿Por qué iba a permitirse sólo la emigración de los judíos? ¿Qué habrían dicho otros grupos étnicos de la Unión Soviética? El número cada vez mayor de nacionalistas rusos existente entre los miembros de las elites culturales y de la burocracia sospechaba que las autoridades soviéticas eran demasiado blandas con los judíos. Los nacionalistas hicieron blanco de sus críticas especialmente a Brezhnev, afirmando que su esposa era «judía» (Victoria Brezhnev

procedía de una familia caraíta y los caraítas practicaban el judaísmo tradicional). El secretario general no podía ignorar estos rumores, que perjudicaban políticamente su autoridad.<sup>23</sup>

No obstante, Brezhnev estaba dispuesto a ayudar a Nixon a bregar con la oposición projudía y a obtener la ratificación de los acuerdos económicos y financieros en el Congreso. En marzo de 1973, el secretario general mantuvo una comunicación constante con Andropov, Gromiko, Grechko, con el ministro del Interior, Nikolai Shchelokov, y con otros altos cargos, intentando encontrar una solución a la emigración judía que satisficiera a los norteamericanos y pareciera una concesión a las presiones externas. En el Politburó, Brezhnev criticó vehementemente a los saboteadores anónimos de la distensión que pudiera haber en la burocracia soviética. Hizo el siguiente llamamiento a sus colegas: «O ganamos dinero con este negocio o seguiremos adelante con la política prevista respecto a Estados Unidos. Jackson nos lo ha impedido. Si las cosas salen de ese modo, nuestro trabajo y nuestros esfuerzos no habrán valido para nada». El resultado de toda esta frenética actividad fue un sistema de cuotas a la emigración de profesionales y la autorización para informar a Nixon y a los senadores norteamericanos a través de los canales informales de que el impuesto de salida sería aplicado únicamente en circunstancias extraordinarias.<sup>24</sup>

Pero estas concesiones limitadas no aplacaron a Jackson ni a sus aliados. La oposición aumentó sus pretensiones y exigió la libertad de emigración en general. Los neoconservadores, los partidarios de la Guerra Fría que por aquel entonces rodeaban a Jackson y luego se pasarían al bando del Partido Republicano de Ronald Reagan, rechazaron cualquier tipo de componenda con el régimen soviético.<sup>25</sup> El fracaso de Nixon en sus tratos con la oposición judeo-liberal-conservadora supuso un duro golpe contra las relaciones soviético-norteamericanas. Truncó toda posibilidad, por remota que fuera, de expansión de las relaciones económicas y comerciales, que habrían incrementado el apoyo a la distensión entre la sociedad norteamericana. Y animó a cierta oposición a infligir más golpes a la distensión. Esa oposición era bastante amplia y en cierto modo similar al movimiento contrario al reconocimiento del régimen soviético que se dio

antes de 1933. Las razones ideológicas que provocaron el rechazo del bolchevismo ateo en 1933, y la preponderancia otorgada en esos momentos a la cuestión de los derechos humanos fueron más fuertes que los intereses económicos y de seguridad.

Este acontecimiento marcó el fin de la *Realpolitik* de Nixon-Kissinger ante el régimen soviético. Y desencadenó una nueva alianza transnacional entre los intelectuales disidentes de la Unión Soviética y los medios de comunicación norteamericanos, los sionistas, y las organizaciones de defensa de los derechos humanos. Los defensores frustrados de la desestalinización, los judíos, los nacionalistas antisoviéticos y los demócratas liberales de Moscú empezaron a apelar a los periodistas norteamericanos para que presionaran al gobierno de Brezhnev. Veían a los norteamericanos opuestos a la distensión, especialmente al senador Jackson, como sus aliados naturales. Alexander Solzhenitsin, lo mismo que los neoconservadores norteamericanos, creía que la distensión era una siniestra trama soviética y que no era posible llegar a ninguna componenda con el Kremlin.<sup>26</sup>

De repente, la distensión de Brezhnev se vio amenazada desde dentro. Los conservadores ideológicos existentes en el aparato de la URSS podían afirmar ahora que el acercamiento a Occidente era peligroso para el régimen, pues permitía a Estados Unidos introducir un caballo de Troya en la sociedad soviética. Las persecuciones y las detenciones a cargo del KGB, y los hospitales psiquiátricos, no resolvieron el problema de los disidentes, y lo único que consiguieron fue echar leña al fuego. Los activistas judíos empezaron a acosar y luego incluso a bombardear las delegaciones soviéticas en el extranjero. De vez en cuando, Brezhnev llamaba a Andropov y le decía que «tuviera más cuidado».<sup>27</sup> El jefe del KGB se mostró también sorprendentemente sensible a la opinión pública internacional. Temía que, como Beria y los jefes del KGB que lo habían precedido, no lograra tener nunca una carrera de hombre de estado. Como recuerda su confidente, «el deseo de Andropov de abandonar el cargo de jefe de la seguridad del estado con una reputación intachable era tan grande que pronto se convirtió en un complejo».<sup>28</sup>

La solución de Andropov fue muy ingeniosa: defendió la emigración de más judíos y se mostró a favor de obligar a los disidentes más

vocingleros a marchar también al extranjero. El KGB empezó a plantear a los disidentes, judíos y no judíos, una elección muy dura: o la cárcel durante largo tiempo o la emigración a través de un «canal judío». Durante los años setenta, muchas figuras relevantes del movimiento liberal-democrático de los sesenta, escritores, artistas e intelectuales, eligieron abandonar la URSS. Algunos, como Vladimir Bukovski y Alexander Ginzburg, fueron mandados al extranjero directamente desde sus celdas. Al violonchelista Mstislav Rostropovich y a su esposa, la cantante de ópera Galina Vishnevskaya, les quitaron la ciudadanía cuando se hallaban realizando una gira en el extranjero. A pesar de todo su cinismo, esta solución fue incruenta y resultó del agrado de Brezhnev. Permitió al dirigente soviético mantener el equilibrio entre sus amigos de la línea dura dentro de la URSS y sus «amigos» de Occidente.

El icono de la desestalinización durante los años sesenta, Alexander Solzhenitsin, siguió siendo la espina más dolorosa para el régimen. El escritor desafió públicamente a las autoridades. En septiembre de 1968, justo un mes después de la invasión soviética de Checoslovaquia, la publicación de sus libros *Pabellón del cáncer* y *El primer círculo* en Europa y Norteamérica le dio fama mundial. En 1970, fue galardonado con el premio Nobel de Literatura. A diferencia de Boris Pasternak, que renunció al premio en medio de grandes presiones en 1958, a Solzhenitsin pareció encantarle la campaña organizada por el estado contra él.<sup>29</sup>

El Politburó discutió varias veces lo que había que hacer con Solzhenitsin; su caso se convirtió en un detonante de las actitudes enfrentadas existentes entre las autoridades respecto a la disidencia interna y la distensión con Occidente. Andropov recomendó al Politburó permitir a Solzhenitsin viajar a Estocolmo a recibir el premio y aprovechar luego la oportunidad para quitarle la ciudadanía. Pero el amigo de Brezhnev y rival de Andropov, el ministro del Interior Shchelokov, se opuso. Propuso «luchar por Solzhenitsin, no deshacerlos de él». La víspera de la visita de Nixon a Moscú, el Politburó discutió de nuevo el caso Solzhenitsin. Andropov y Kosygin propusieron que se le expulsara pero, una vez más, no se hizo nada.<sup>30</sup> La procrastinación del Politburó ponía de manifiesto que la desestalinización

zación y el deshielo cultural habían dejado una marca profunda incluso en los más conservadores desde el punto de vista ideológico. El clamor internacional que se levantó en torno al «caso Pasternak» en 1958 y el juicio y encarcelamiento de los escritores Andrei Sinyavski y Yuli Daniel más recientemente, en 1965, hizo que el Politburó se mostrara sumamente reacio a convertir en mártir a ninguna figura de las elites culturales de la URSS.

En el verano de 1973, el caso de Solzhenitsin llegó una vez más al Politburó cuando el KGB confiscó el voluminoso manuscrito de la obra del escritor acerca del terror y los campos de concentración estalinistas, *El archipiélago Gulag*. Este descubrimiento dio lugar a un desenlace que acaso no esperaran ni el propio Solzhenitsin ni Brezhnev. En septiembre y octubre de 1973, el secretario general vetó la propuesta de Andropov de expulsar al escritor de la Unión Soviética. Temía que las repercusiones negativas del caso redundaran en perjuicio de Willy Brandt y de Nixon y se convirtiera en un factor que complicara sus viajes al extranjero. Pospuso el caso una vez más nombrando una comisión especial sobre Solzhenitsin. Pero el escritor, movido por un celo misionero y por el deseo de proteger su vida y la de su familia, lanzó una campaña preventiva de propaganda en Occidente. Publicó «Una carta a los dirigentes soviéticos», en la que les instaba a sustituir la ideología marxista-leninista por la religión ortodoxa rusa. El día 1 de enero de 1974, los medios de comunicación occidentales anunciaron la publicación de la versión rusa del *Archipiélago Gulag*.<sup>31</sup>

Siete días después, Brezhnev suscitaba el tema del caso Solzhenitsin tras discutir los esfuerzos diplomáticos soviéticos en la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa de Helsinki. Andropov volvió sobre su vieja propuesta consistente en cortar el nudo gordiano expulsando de la URSS al escritor. Gromiko apoyó a Andropov, pero sugirió un nuevo retraso, hasta que concluyera la conferencia de Helsinki. En ese momento, Nikolai Podgorni exigió la inmediata detención del premio Nobel. «En China ejecutan a la gente en público; en Chile el régimen fascista fusila y tortura a la gente; los británicos en Irlanda infligen sanciones a los trabajadores, y nosotros estamos hablando de un enemigo declarado y preferimos simplemente marear la perdiz. Si expulsamos a Solzhenitsin lo único que hacemos es demos-

trar nuestra debilidad.» Kosygin secundó su propuesta y sugirió que el escritor debía ser sometido a un juicio público y luego enviado a las minas de Siberia Oriental. «Los corresponsales occidentales no irán hasta allá; hace demasiado frío.» Los dos, en el fondo, culparon a Brezhnev de tanta blandura y dieron a entender que los viajes al extranjero del primer secretario y sus juegucitos con la distensión empezaban a perjudicar otros intereses del estado. Incluso Andrei Kirilenko, el viejo partidario de Brezhnev, comentó sarcásticamente: «Cada vez que hablamos de Solzhenitsin como enemigo del régimen soviético, resulta que coincide con algún acontecimiento [internacional] importante y posponemos la decisión». Al final, Brezhnev, en una hábil jugada, accedió y dijo que Solzhenitsin debía ser juzgado finalmente, pero no tomó ninguna decisión sobre su detención.<sup>32</sup>

En ese momento, Andropov llegó a la conclusión de que el Politburó deseaba arruinar su carrera cargándole a él el caso Solzhenitsin.<sup>33</sup> Gracias al canal secreto que mantenía con Egon Bahr, el director del KGB concertó rápidamente un acuerdo con el gobierno de Alemania Occidental para conceder asilo al escritor disidente, que no tenía ni idea de lo que estaba pasando. En un memorándum personal dirigido a Brezhnev, Andropov le advertía que resultaba imposible «a pesar de nuestro deseo de no perjudicar nuestras relaciones internacionales, retrasar por más tiempo la solución al problema de Solzhenitsin, pues podría tener consecuencias sumamente desagradables para nosotros dentro del país». El director del KGB llegaba a la conclusión de que no actuar podía envalentonar a numerosos grupos de oposición antisoviética y, en caso de que las autoridades sometieran a juicio al escritor, se produciría incluso un «perjuicio mayor». Brezhnev tuvo que dar su consentimiento y Solzhenitsin se vio de pronto metido en un avión rumbo a Fráncfort.<sup>34</sup>

Por desgracia para Brezhnev y Andropov, la cuestión de los derechos humanos y de los disidentes ruidosos no desapareció con la marcha del célebre escritor. Si bien es cierto que muchos disidentes desaparecieron sin dejar rastro en Occidente o gastaron sus energías en discordias de facciones y luchas por la obtención de posición y concesiones, algunos se quedaron en el país. Nathan Shcharanski organizó el movimiento sionista dentro de la Unión Soviética y exigió dere-

chos religiosos y culturales plenos para los judíos. Un grupo considerable de hebreos no pudo emigrar debido a sus certificados de seguridad y siguieron dando carnaza a las campañas antisoviéticas de los judíos norteamericanos. Andrei Sajarov y otros cuantos activistas en pro de los derechos humanos se negaron a emigrar y continuaron desarrollando sus actividades públicas.

La cuestión de los derechos humanos volvió a surgir en la discusión llevada a cabo por el Politburó del borrador del Acta Final de Helsinki, el documento que debía ser firmado poco después en la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa en julio de 1975. El jefe de la delegación soviética, el viceministro de Asuntos Exteriores, Anatoli Kovalev, uno de los diplomáticos «ilustrados». Persuadió a Gromiko de que debía hacer concesiones a los países de Europa Occidental, que deseaban incluir en el borrador del Acta Final lo que llamaban una tercera cesta: provisiones relativas a la libre circulación de las personas, a la reunificación y las visitas de las familias, y a la apertura informativa, cultural y educativa. A cambio, los países occidentales accedían a aceptar el statu quo territorial y político en Europa del Este, surgido al término de la Segunda Guerra Mundial. Cuando el borrador del Acta Final llegó al Politburó, los elementos más conservadores desde el punto de vista ideológico manifestaron su escándalo y su consternación. ¿Iba a abrirse la Unión Soviética a la subversión y a la interferencia del exterior? Kovalev estaba dispuesto a capear el temporal, pero para su sorpresa Gromiko recurrió a un argumento histórico. Comparó los acuerdos de Helsinki al Congreso de Viena de 1815 y a Brezhnev con el zar Alejandro. Gromiko citó su «pacto» con Kissinger en el sentido de que ni uno ni otro bando iba a interferir en los asuntos internos del otro, a pesar del Acta Final. Concluyó diciendo que los soviéticos habían conseguido lo que querían y que, por lo que a los derechos humanos se refería, «seguimos siendo los dueños de nuestra casa».<sup>35</sup> Los conservadores retiraron sus objeciones: al fin y al cabo, también Stalin había firmado la Declaración de Yalta sobre la Europa liberada a cambio de otras concesiones de los occidentales.

El 1 de agosto de 1975, Brezhnev y el sucesor de Nixon, Gerald Ford, junto con los delegados de otros treinta y tres países europeos y

Canadá pusieron su firma a la histórica Acta Final de Helsinki. A corto plazo, el documento no daría lugar a ningún tipo de liberalización dentro de la URSS. La propaganda soviética presentó el acontecimiento como la mayor victoria de Brezhnev, y el secretario general hizo lo propio ante el congreso del partido. Personalmente, lo consideraba la culminación de su carrera de estadista. A largo plazo, sin embargo, los compromisos con los derechos humanos incluidos en el acta acabaron resultando una bomba de relojería para el régimen soviético. Gromiko, que desdeñaba a los disidentes por considerar que tenían un poder sin importancia, tenía razón: nunca desempeñarían un papel significativo en el hundimiento del régimen. Pero su interpretación de las tendencias ideológicas y políticas globales era profundamente errónea. El triunfo de la diplomacia zarista en el Congreso de Viena fue efímero. Rusia se convertiría más tarde en el espantajo de la Europa liberal, circunstancia que contribuiría a su derrota en la guerra de Crimea de 1853-1855. En 1975, el Kremlin celebró una vez más una victoria geopolítica sin prever sus funestas consecuencias.

#### ASOCIACIÓN ATORMENTADA

La asociación Brezhnev-Nixon fue puesta en tela de juicio debido al repentino estallido de la guerra del Yom Kippur el 6 de octubre de 1973. El papel de la Unión Soviética en este conflicto ha sido objeto desde hace años de una gran controversia. Actualmente la historia puede ser analizada con mucha más claridad, gracias a los recuerdos de los veteranos ex soviéticos, sobre todo el diplomático Viktor Israelián. Un actor fundamental en todo este drama fue el presidente egipcio Anuar el-Sadat, que preparó el ataque sorpresa contra Israel en un intento de restaurar el orgullo árabe y recuperar los territorios perdidos. No informó en ningún momento de sus planes ni al Politburó ni a los representantes de la URSS en Egipto, aunque, naturalmente, el KGB y los militares debieron de tener conocimiento de sus preparativos. Como ocurriera anteriormente con los norvietnamitas, los dirigentes del Kremlin no fueron capaces de controlar ni de frenar a sus clientes extranjeros.<sup>36</sup>

Tras la visita de Nixon a Moscú, el líder egipcio, inquieto por la eventualidad de que el acercamiento soviético-norteamericano supusiera un apoyo conjunto al statu quo en Oriente Medio, empezó a contemplar la posibilidad de un doble juego. Anunció el desalojo de Egipto de diecisiete mil asesores militares y expertos soviéticos. Nixon envió inmediatamente un recado personal a Brezhnev a través del canal extraoficial comunicándole que no sabía nada acerca de la decisión de Sadat y que no tenía ningún contacto secreto con él. En realidad, los norteamericanos respondieron enseguida a las señales secretas que les mandó Sadat.<sup>37</sup>

Brezhnev estaba preocupado por los preparativos llevados a cabo por egipcios y sirios. Habría preferido trabajar en colaboración con Estados Unidos para evitar una nueva guerra en Oriente Medio. Durante su viaje a Washington en el verano de 1973, advirtió a Nixon que Moscú apenas podía controlar a sus amigos árabes. Ni Nixon ni Kissinger se tomaron en serio las advertencias de Brezhnev y no insistieron en el tema. El objetivo de Kissinger era socavar la influencia de Moscú en Oriente Medio y, por consiguiente, se negó a aceptar el papel de Moscú como arquitecto de la paz en la zona. Además, preocupados como estaban por su salida de Vietnam, los norteamericanos no supieron ver las nubes que empezaban a acumularse en esta otra región.<sup>38</sup> En vista de la renuencia de los norteamericanos a actuar en colaboración con ellos, las autoridades soviéticas no vieron razón alguna para alertar a Israel del inminente ataque de los árabes.<sup>39</sup>

Los líderes políticos y militares de la URSS querían ayudar a Sadat a derrotar a Israel y a recuperar los territorios perdidos. Al mismo tiempo, desde el comienzo de la guerra estaban seguros de que los árabes iban a perderla. Esta previsión fue acertada y actuaron para evitar un hundimiento total de sus aliados árabes. Durante la convulsión que supuso la guerra del Yom Kippur, Brezhnev tuvo que adoptar dos caretas: una la de líder del Politburó, y otra la de estadista de la distensión. Llevó a cabo la jugada con sorprendente destreza. Neutralizó hábilmente a los partidarios de la línea dura que deseaban ejecutar acciones drásticas. Por ejemplo, envió a Kosygin, que exigía actuar de inmediato, en misión secreta a El Cairo; una vez allí, el primer ministro soviético gastó su tiempo y su energía intentando hacer

que Sadat siguiera los consejos de la URSS. Y quitar de en medio a Podgorni, cuya beligerancia era comparable sólo con su ignorancia.<sup>40</sup> El líder del Kremlin reafirmó en todo momento que su prioridad era trabajar en colaboración con la administración norteamericana en el espíritu de la distensión, los principios básicos, y el acuerdo alcanzado para evitar la guerra nuclear. Kissinger admitiría en el círculo íntimo de sus asesores que los soviéticos habían «intentado ser bastante razonables en todo momento. Incluso en Oriente Medio, donde nuestra estrategia política los puso en un aprieto espantoso, realmente no han intentado jodernos».<sup>41</sup>

Una causa de este comportamiento fue el deseo de Brezhnev de continuar la relación especial que mantenía con Nixon. Durante la crisis, los dos mandatarios intercambiaron por primera vez notas amistosas manuscritas, y un Brezhnev exultante pudo jactarse ante el Politburó de que «Nixon siente un profundo respeto por todos los dirigentes soviéticos y por mí personalmente». Por entonces, sin embargo, Nixon se hallaba metido de lleno en el escándalo Watergate y Kissinger, confirmado ya como secretario de Estado, dirigía la política exterior norteamericana en su nombre. Kissinger y su estado mayor no desaprovecharon la oportunidad de aprovechar la derrota de Egipto para socavar la influencia soviética en este país. Durante la última fase de la guerra, Kissinger pasó por alto las ofertas de colaboración de los soviéticos para ganar tiempo y favorecer el victorioso avance de los israelíes en territorio egipcio.<sup>42</sup> Brezhnev y sus colegas empezaron a murmurar sobre «el papel cada vez más importante del sionismo en Estados Unidos». El 19 de octubre, Andropov advirtió a Brezhnev que «la amenaza de destitución de Nixon es ahora más real que hace unos meses. No puede excluirse la posibilidad de que en las condiciones actuales el lobby judío del Congreso ponga serias limitaciones a las actividades de Nixon y a su voluntad de poner en vigor los acuerdos alcanzados durante tu visita a Estados Unidos».<sup>43</sup>

Los soviéticos tenían que hacer algo para salvar a Sadat y a Egipto de la derrota completa. Tras una larga y acalorada discusión, el Politburó elaboró un ambiguo mensaje para Nixon reciclando la famosa oferta de 1956 a Eisenhower en la que le proponían enviar una fuerza conjunta ruso-norteamericana a Oriente Medio con el fin de detener

la guerra. Hasta el último minuto Brezhnev no accedió a enseñar un poco las «uñas» en el mensaje: si Estados Unidos no quería utilizar una fuerza conjunta para detener la guerra, la Unión Soviética «tendría que enfrentarse a la urgente necesidad de considerar la posibilidad de dar los pasos adecuados unilateralmente». Dos divisiones de paracaidistas del Cáucaso fueron puestas en estado de alerta y los buques de guerra soviéticos que había en el Mediterráneo recibieron el orden de dirigirse a Egipto en una demostración de fuerza. En el fondo, el gesto soviético era un pequeño farol, y fue cuidadosamente diseñado para no asustar a los norteamericanos.<sup>44</sup>

Kissinger, sin embargo, fue presa del pánico. Sin informar a los soviéticos a través del canal extraoficial, puso a las fuerzas estratégicas norteamericanas en DEFCON-3, el estado inmediatamente anterior al de alerta nuclear total. Cuando a la mañana siguiente fue convocado de nuevo del Politburó para discutir una posible reacción, muchos de sus miembros atribuyeron esta maniobra a las maquinaciones de Kissinger. Grechko, Andropov, Ustinov, Kirilenko y algunos otros propusieron la movilización de las fuerzas soviéticas.<sup>45</sup> Brezhnev, que recordaba la propensión de Jrushchov a llevar las cosas al extremo, aconsejó no hacer caso de la alerta. Tal vez, adujo, Nixon perdiera los estribos debido a la campaña en contra suya a la que tenía que hacer frente en su país. «Dejémoslo que se tranquilice y explique primero la razón de la alerta nuclear». Tal vez aquel fuera uno de los mejores momentos de Brezhnev como estadista. En realidad, Nixon se hallaba sumido en el estupor de la ebriedad, y Kissinger manejó la crisis de Oriente Medio como si fuera un asunto exclusivamente suyo, sin hacer caso del presidente. Cuando Nixon se despertó el 25 de octubre, anuló la alerta y envió una respuesta personal conciliatoria a Brezhnev. Finalmente, la diplomacia conjunta soviético-estadounidense recibió el impulso necesario, las fuerzas armadas israelíes detuvieron su avance, y la crisis empezó a calmarse.<sup>46</sup>

El comportamiento unilateral de los norteamericanos en Oriente Medio no provocó el declive de la distensión soviético-estadounidense.<sup>47</sup> Por el contrario, la guerra del Yom Kippur dejó a Brezhnev incluso más convencido de que la paz entre Israel y los árabes sólo podría construirse por medio de la acción conjunta de norteamericanos

y soviéticos. En una carta a Nixon de 28 de octubre, Brezhnev hacía alusión a las maquinaciones de ciertas fuerzas que pretendían arruinar «la confianza personal mutua que existe entre usted y yo». Ya no ocultaba sus sospechas respecto a Kissinger.<sup>48</sup> Estaba tan irritado por el comportamiento manipulador de Sadat que empezó a pensar en establecer relaciones diplomáticas con Israel. Dijo a Gromiko que los árabes podían irse al infierno, si lo que pretendían era obligar al pueblo soviético a «luchar por ellos». Cherniaev, testigo de este estallido de cólera, escribe: «Eso es *Realpolitik*. Pero la sociedad no sabía nada de todo esto». La propaganda soviética hizo que los ciudadanos de la URSS creyeran que Israel había sido otra vez el agresor. Como en 1967, los periódicos azuzaron los sentimientos antisionistas, y las organizaciones del partido convocaron concentraciones de solidaridad con los regímenes árabes «progresistas».<sup>49</sup>

Los intentos de Brezhnev de actuar como un pragmático clandestino en Oriente Medio resultaron estériles. A partir de 1974, Estados Unidos tomaría la iniciativa de la reconciliación entre Israel y Egipto y durante los cuatro años siguientes se elaborarían los acuerdos de Camp David. Los rusos ya habían desembolsado miles y miles de millones de rublos en Egipto y lamentaban amargamente la traición de Sadat. La «pérdida de Egipto» tuvo un efecto psicológico duradero en el posterior proceso de toma de decisiones del Politburó con respecto a las crisis africanas. Y en 1979 esos recuerdos desempeñarían un papel trascendental en el desarrollo de los temores soviéticos de que Hafizullah Amin pudiera «convertirse en un nuevo Sadat» en Afganistán.<sup>50</sup>

El Watergate y la dimisión de Nixon en agosto de 1974 causaron otro trauma duradero a Brezhnev. Durante los últimos meses de la presidencia de Nixon, su correspondencia con el líder soviético asumió un carácter cada vez más surrealista. El presidente, que se había quedado solo, empezó a ver su asociación con el secretario general como una isla de paz en medio del proceloso mar del escándalo Watergate. Nixon le hizo saber a través de canales officiosos que los dos tenían enemigos comunes, entre otros las agrupaciones judías nortee-

americanas. Hablaba incluso, para consternación de su plana mayor, de una «doctrina Nixon-Brezhnev» como fundamento sólido de la paz mundial. Curiosamente, Brezhnev no intentó nunca aprovecharse del Watergate para sus propios fines políticos, como temían que hiciera algunos consejeros de Nixon. De hecho, fue el último líder extranjero que siguió prestando apoyo a Nixon sin reservas. Del mismo modo que Stalin y Molotov no pudieron comprender la derrota electoral de Churchill, tampoco Brezhnev y sus asesores pudieron entender cómo la colocación de micrófonos en una suite del edificio Watergate podía provocar la dimisión de un estadista tan formidable tras la victoria arrolladora que supuso su reelección. En su opinión, la única explicación plausible era que los enemigos de la distensión habían encontrado un buen pretexto para quitar de en medio a su principal arquitecto norteamericano.<sup>51</sup>

El golpe resultó tanto más doloroso precisamente porque apenas tres meses antes, en mayo, Brezhnev había perdido a otro socio de la distensión. El canciller germanooccidental Willy Brandt dimitió como consecuencia de un escándalo sexual y la revelación de que uno de sus asistentes de más confianza, Günter Guillaume, era un espía de la RDA. El líder germanooccidental, Erich Honecker, y el jefe de la policía secreta (la Stasi), Erich Mielke, habían mantenido a Guillaume en el entorno de Brandt, a pesar de la desaprobación del Kremlin. Era evidente que los dirigentes de la Alemania democrática tenían un interés particular en espiar a Brandt y ponerlo en un compromiso. Detestaban la existencia de canales officiosos entre los rusos y los alemanes occidentales y la amistad entre Willy Brandt y Brezhnev, que ponía en peligro el apoyo que tradicionalmente había encontrado la RDA en el Kremlin. Brezhnev se sintió decepcionado con su repentina dimisión. Estaba además irritadísimo con Honecker.<sup>52</sup>

De los primitivos arquitectos de la distensión, sólo el dirigente soviético seguía en el poder, aunque su salud fue deteriorándose con rapidez. Anteriormente, Brezhnev había sufrido dos ataques al corazón. Durante los años sesenta había conservado una buena forma física, pero a finales de esta década había desarrollado paulatinamente una arteriosclerosis cerebral que le provocaba períodos de astenias

después de los momentos de tensión. A raíz de la crisis de Checoslovaquia, había adquirido el hábito de tomar una o dos pastillas de un opiáceo que tenía efectos sedativos. A veces tomaba una sobredosis y acababa en estado comatoso, seguido de un período de flojera general.<sup>53</sup>

Los colegas extranjeros de Brezhnev empezaron a notar desapariciones repentinas del mandatario soviético e irregularidades en la agenda. Durante el viaje de Kissinger a Moscú de abril de 1972, Brezhnev se llevó al aterrorizado político norteamericano a dar una alocada vuelta en coche con el fin de espabilarse un poco después de una sobredosis.<sup>54</sup> Durante la guerra del Yom Kippur, en la que Brezhnev se vio obligado a trabajar día y noche, los nervios empezaron otra vez a jugarle malas pasadas. Casi cada tarde, Sadat llamaba al embajador soviético en El Cairo para que contara a Brezhnev lo catastrófico de la situación, exigiendo el envío de ayuda inmediata. Brezhnev no tenía tiempo de descansar. Andropov, consciente de los problemas físicos del secretario general, demostró su preocupación de una manera hartamente curiosa. Presentó a Kissinger y a Sadat como si estuvieran conchabados e intentaran arruinar la salud de Brezhnev provocando «una tensión excesiva».<sup>55</sup> Sabía que el secretario general estaba volviéndose adicto a las drogas y ordenó a su guardia personal y a su enfermera que le suministraran sedantes en secreto. Al principio Andropov fingió interceder, pero acabó por hacer la vista gorda. Es posible incluso que empezara a ayudar a Brezhnev a obtener las pastillas.<sup>56</sup>

Por supuesto las pastillas no hicieron más que agravar la desazón del dirigente soviético. Su capacidad de concentración se redujo y su percepción de los detalles empezó a disminuir. Incluso su carácter cambió, se volvió más suspicaz y malhumorado y menos dispuesto a llegar a entendimientos y a soluciones de compromiso. El jefe del servicio médico del Kremlin, Evgeni Chazov, llegó a la conclusión de que la adicción de Brezhnev «contribuyó al colapso de la autoridad nacional». Desde el privilegiado puesto que ocupaba en el Departamento Internacional del partido, Cherniaev deploraba la transformación del «gran país construido sobre los cimientos de la gran revolución» en un estado mediocre sin una dirección dinámica y sin una

ideología que sirviera de inspiración, con una escasez crónica de bienes de consumo básico.<sup>57</sup>

Mientras tanto, la carrera armamentística y los desarrollos tecnológicos en el bando soviético y en el norteamericano seguían adelante y en varios aspectos empezaron a superar el ritmo cansino de las conversaciones sobre control de armas. El despliegue por parte de los norteamericanos de vehículos de reentrada múltiple e independiente (MIRV), es decir, múltiples cabezas nucleares guiadas independientemente unas de otras, pero instaladas en un solo misil, hizo que los arsenales nucleares estratégicos dieran un salto espectacular. Los norteamericanos desarrollaron también un misil de crucero de alta precisión. Mientras tanto, el complejo de industrias militares soviéticas se lanzó también a una febril carrera cualitativa y cuantitativa. Produjo sus propios MIRV, los cohetes «Pioneer» (SS-20), y un nuevo bombardero Tu-22M de tamaño medio (llamado «Backfire» por los norteamericanos). Los soviéticos desarrollaron nuevos submarinos nucleares de clase «Tifón» y construyeron una poderosa flota. Durante una década a partir de 1972, los rusos produjeron 4.125 misiles balísticos intercontinentales con base en tierra y lanzamiento desde el mar, mientras que los norteamericanos produjeron 929. Lo que más preocupaba a los encargados de planificar la estrategia norteamericana era un nuevo misil balístico intercontinental de dimensiones enormes, capaz de transportar diez cabezas nucleares y susceptible de ser instalado en los silos ya existentes, sustituyendo así a los cohetes más viejos, menos potentes y menos fiables. Los norteamericanos lo llamaban SS-18. Su verdadero nombre, «Satán», sugería que los diseñadores de los cohetes soviéticos, a pesar de su educación atea, se inspiraron en la imaginería infernal. Los soviéticos empezaron a desplegar estos misiles en 1975 y dejaron de hacerlo únicamente cuando el número de los almacenados en los silos llegó a los 308.<sup>58</sup>

¿Por qué los rusos construyeron esos misiles infernales y un número tan elevado de ellos? Según algunas fuentes autorizadas, los dirigentes del Kremlin seguían sufriendo el síndrome de los misiles cubanos, es decir, la ignominiosa retirada llevada a cabo tras la crisis de 1962.<sup>59</sup> Había además factores geográficos que, a juicio del estado mayor del ejército soviético, favorecían a Estados Unidos. Los mili-

tares rusos creían que se enfrentaban no sólo a las fuerzas norteamericanas destacadas en las bases de la OTAN próximas a las fronteras de la URSS, sino también a las fuerzas nucleares de Gran Bretaña y Francia. Tuvieron también que desplegar algunos misiles y tropas convencionales contra China. Por último, la elite del complejo de industria militar soviética seguía creyendo que su arsenal estratégico era inferior al norteamericano en términos *cualitativos*. Ello hizo que se mostraran más decididos aún a suplir la calidad con la *cantidad*. En 1994, Viktor Starodubov, antiguo asistente de Dmitri Ustinov, explicaba con una lógica aplastante que los soviéticos fabricaron tantos misiles «pesados» porque «eran una de las pocas cosas que podían fabricar bien». <sup>60</sup> Vistas las cosas retrospectivamente, el incremento de los años setenta no proporcionó al Kremlin una superioridad estratégica, como advertían los análisis neoconservadores. La Unión Soviética no tenía capacidad de lanzar un ataque sorpresa definitivo contra Estados Unidos; los norteamericanos siguieron yendo por delante de la URSS en muchos aspectos, aunque no tuvieran las enormes ventajas de las que Washington había gozado anteriormente. <sup>61</sup>

En las reuniones del Politburó, Brezhnev nunca se enfrentó a Ustinov, Grechko y el jefe de la Comisión de Industrias Militares, Leonid Smirnov, en lo tocante al tema de la proliferación de misiles. Él creía en las negociaciones desde la posición de fuerza y no veía la razón de que el rearme de la URSS durante los años setenta fuera considerado una amenaza para Washington y otras capitales occidentales. Vale la pena recordar que Brezhnev no pretendía negociar haciendo chantaje, como había hecho Jrushchov. Continuaba creyendo que los mecanismos de control armamentístico y los acuerdos, entre otros el SALT, podían convertirse en una base sólida para la cooperación duradera de la Unión Soviética y Estados Unidos. Su objetivo era convocar una conferencia sobre seguridad y cooperación en Europa cuando se celebrara el próximo congreso del partido comunista. <sup>62</sup> Ello le habría permitido revalidar el programa de paz que había proclamado en el anterior congreso del partido de 1971 y engrandecer su imagen de pacificador entre los cuadros del partido y ante el pueblo soviético.

Brezhnev intentó atraer al sucesor de Nixon, Gerald Ford, para trabajar conjuntamente en la superación de los obstáculos que pudie-

ran encontrar en el camino hacia la firma de un tratado general sobre armas estratégicas. Tras elaboradas consultas a través de los canales oficiosos, Ford y Brezhnev acordaron entrevistarse en Vladivostok, la avanzadilla soviética en Extremo Oriente, a finales de noviembre de 1974. El principio rector de los soviéticos en las conversaciones estratégicas era la consecución de niveles paritarios de seguridad respecto a la OTAN. Ello significaba, ante todo, hacer un cómputo de las fuerzas nucleares de la OTAN «avanzadas», esto, es los misiles, bombarderos y submarinos norteamericanos estacionados alrededor de la Unión Soviética, así como las fuerzas nucleares de Gran Bretaña y Francia. Estos países se negaron a incluir sus sistemas en la equiparación, pero Kosygin, Podgorni, varios otros miembros del Politburó adscritos a la línea dura y la cúpula militar en su totalidad insistieron en este principio. Aunque Brezhnev se exasperara ante la intransigencia de los occidentales, creía también que sus colegas no compartían plenamente su compromiso con los planes de negociación.<sup>63</sup>

En una conversación de tú a tú con Brezhnev celebrada en octubre de 1974, Kissinger sugirió la idea de alcanzar unos niveles globales y más o menos paritarios de fuerzas estratégicas para ambos bandos. El secretario de Estado, consciente del apoyo cada vez menor que tenía la distensión en su país, pidió a Brezhnev que mantuviera esta idea en secreto. De lo contrario, le advirtió, el senador Jackson «recibiría el chivatazo». El secretario general accedió inmediatamente a utilizar la idea como base para las negociaciones con Ford. La única condición que puso fue que cualquier ulterior enmienda por parte de los norteamericanos no tuviera «el carácter de una nueva propuesta fundamental ni de algo nuevo en principio».<sup>64</sup>

Cuando Brezhnev y Ford se entrevistaron en Vladivostok el 23 y 24 de noviembre de 1974, el secretario general se mostró inquieto e inseguro. En una repetición de su primera entrevista con Nixon en Moscú, el dirigente soviético invitó a Ford y a Kissinger al compartimento que ocupaba en un tren especial para instaurar una cálida relación humana. Para romper el hielo, les ofreció té con coñac. Recordó el pacto personal al que había llegado con Nixon «en una sola cosa: no inmiscuirse en los asuntos internos de cada uno». Cuando Ford preguntó cómo iban a continuar negociando, el secretario general le in-

terpeló vivamente: «Eso depende de nosotros dos. Es evidente que el mundo está pendiente de nosotros y que la opinión pública mundial está interesadísima en conseguir que no haya ninguna guerra nuclear». Durante los minutos siguientes, Brezhnev expuso su propia visión de la carrera armamentística nuclear: «No hemos conseguido ninguna limitación real, y de hecho hemos estado acelerando más y más la carrera armamentística. Es un error. Mañana la ciencia puede presentarnos unos inventos que ni siquiera podemos llegar a imaginarnos hoy, y la verdad, no sé hasta dónde podemos llegar en el incremento de la llamada seguridad. Quién sabe, tal vez pasado mañana la carrera armamentística llegue incluso al espacio exterior. La gente no sabe todo esto, de lo contrario realmente nos habría mandado al infierno. Estamos gastando miles y miles de millones en todas estas cosas, miles de millones que estarían mucho mejor gastados en beneficio de la gente».<sup>65</sup>

En 1985 y 1986, este tipo de ideas pasaron a ser llamadas en Moscú «nuevo pensamiento». Dicho sea de paso, Georgi Kornienko y Sergei Ajromeyev, miembros del grupo de expertos en control de armamento que preparó las posturas negociadoras para la cumbre de Vladivostok, serían más tarde coautores de la primera propuesta global de Gorbachov sobre desarme nuclear. De momento, sin embargo, la respuesta de Ford fue evasiva y formular, poniendo de manifiesto su falta de visión. Llegó a presidente sin pasar por unas elecciones nacionales, y el perdón que concedió a Nixon le creó más enemigos que amigos. Además, Kissinger le advirtió que la única idea que tenía en su cabeza Brezhnev era la de una acción conjunta soviético-estadounidense en caso de que China mostrara un comportamiento agresivo. Más tarde Kissinger lamentaría que ni Ford ni él «exploráramos» más a fondo lo que pensaba Brezhnev.<sup>66</sup>

Tras la primera conversación en el tren, Brezhnev sufrió un ataque y, aunque sus médicos lograron controlarlo, le recomendaron que retrasara las conversaciones. El secretario general se negó. Las conversaciones fueron duras y extremadamente tensas. La postura de los norteamericanos se endureció debido a la disminución del apoyo que recibía la distensión en su país y el escepticismo cada vez mayor en torno al SALT reinante en el Congreso, así como a la postura afín a

la línea dura del secretario de Defensa James Schlesinger y de los jefes del estado mayor conjunto. Al final, la primitiva idea de Kissinger seguía siendo la opción de último recurso. Si los soviéticos accedían a excluir del acuerdo el sistema de bases avanzadas de la OTAN, los norteamericanos accederían a retirar las limitaciones sobre los misiles «Satán» y el número de sus cabezas nucleares. Por desgracia, la idea no formaba parte de la postura aprobada por el Politburó.<sup>67</sup>

Desde Vladivostok, Brezhnev llamó por teléfono a sus colegas de Moscú, que, al hallarse a ocho husos horarios de distancia, se encontraban todavía en la cama. Andropov, Ustinov y Kosygin se pusieron de parte del secretario general. Pero el ministro de Defensa, Grechko, respaldado por Podgorni, se negó a hacer ninguna concesión. Brezhnev gritó a Grechko, amigo suyo desde los tiempos de la guerra, tan fuerte que sus asistentes pudieron oír la conversación a través de las paredes del despacho. Cuando vio que los argumentos no serían de nada, dijo que tendría que interrumpir las conversaciones y regresar a Moscú para celebrar una sesión de emergencia del Politburó. Profundamente conmovido, Grechko cedió. El camino hacia los acuerdos del SALT parecía abierto después de dos años de permanecer en punto muerto. Para devolver el favor a Brezhnev, Ford suavizó la postura de los norteamericanos e indicó a los aliados europeos que debían eliminar las últimas objeciones a la creación de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, el ansiado objetivo del secretario general soviético.<sup>68</sup>

Los dos líderes tuvieron que tomar decisiones muy duras, y dio la impresión de que estaba a punto de brotar una nueva afinidad. Pero cuando Ford y Kissinger regresaron a su país se encontraron con una ruidosa oposición ideológica a los acuerdos de Vladivostok. Los misiles «pesados» soviéticos permitieron a los norteamericanos que mantenían una postura crítica atacar la distensión sosteniendo que los dirigentes soviéticos estaban preparándose para la guerra nuclear, colocándose en posición de «golpear los primeros cuando pareciera conveniente».<sup>69</sup> La mayoría demócrata del Congreso elegida a raíz del escándalo Watergate quería reafirmar su supremacía sobre la Casa Blanca. Los senadores y representantes reprocharon a Ford y a Kissinger el mantenimiento de una diplomacia secreta y su indiferen-

cia por los derechos humanos. La negativa de Ford a invitar a Solzhenitsin a la Casa Blanca provocó un verdadero clamor. En diciembre de 1974, el debate que se había prolongado durante dos años sobre la Ley de Comercio entre Estados Unidos y la URSS acabó con la victoria de Jackson y sus partidarios. Fue una auténtica bofetada para los rusos; las actividades mercantiles soviético-estadounidenses quedaban sometidas en la Ley de Comercio a unas condiciones peores aún que las existentes antes de su aprobación. Los rusos ya no podían obtener créditos norteamericanos para la construcción de oleoductos y gaseoductos y se veían obligados a recurrir a Europa Occidental. Moscú derogó los acuerdos comerciales firmados en 1972.<sup>70</sup> Aquel humillante revés arruinó las expectativas de distensión entre los capitanes y los directivos de la industria y la economía soviéticas.

Una vez concluidas las conversaciones de Vladivostok, Brezhnev sufrió un colapso en su compartimento del tren. Se recuperó al cabo de unas semanas, pero apenas podía leer con dificultad y sólo textos escritos en caracteres muy grandes con una máquina de escribir especial. Durante su viaje a Polonia a finales de año, cogió la batuta del director de orquesta durante la ceremonia de despedida y se puso a moverla al son de *La Internacional*. En la cumbre de Helsinki, Brezhnev se hallaba en estado semicomatoso y apenas pudo estampar su firma en el Acta Final. Pasó semanas, o incluso meses, sin aparecer por el Politburó.<sup>71</sup> En octubre de 1975, Cherniaev anotaba en su diario que «Brezhnev se provocó el agotamiento en la lucha por la paz».<sup>72</sup>

El secretario general no volvió a mostrar una pasión ni un interés personal por las conversaciones con los norteamericanos como los que mostró en Vladivostok. Sin embargo, el fracaso de la distensión no debe relacionarse sólo con su falta de energía y su pérdida de iniciativa. De 1972 a 1975, la salud cada vez más deteriorada de Brezhnev no le impidió actuar como un negociador enérgico y vigoroso. Quizá su condición de estadista activo fuera el último obstáculo que se interpusiera entre el secretario general y su adicción. En diciembre de 1975, en el círculo más íntimo de sus consejeros y de redactores de sus discursos que preparaban el inminente congreso del partido, Brezhnev se lamentó: «Incluso después de Helsinki, Ford, Kissinger y senadores de todo tipo exigen que América debe armarse todavía

más. Quieren hacer de ella la potencia más fuerte. Yo estoy en contra de la carrera armamentística, pero cuando los americanos declaran que van a reforzarse, el ministro de Defensa me comunica que en ese caso no pueden garantizar la seguridad. Y como presidente del Consejo de Defensa, ¿qué puedo hacer? ¿Debo darles ciento cuarenta mil o ciento cincuenta y seis mil millones? Y les doy dinero una y otra vez. Dinero que desaparece por la chimenea». <sup>73</sup>

Brezhnev no quería entrevistarse con Ford sin una garantía de que iban a firmar el Tratado SALT. Alexandrov-Agentov recordaba que el principio rector del secretario general era invertir su capital político sólo cuando viera «una promesa de éxito». Y el embajador Dobrinin y los análisis del KGB decían desde Washington que el Kremlin debería aguardar hasta que el próximo presidente electo continuara las negociaciones. <sup>74</sup> No fue sólo Brezhnev el que no se dio cuenta de que la política norteamericana había entrado en una nueva fase después del Watergate; les pasó lo mismo a Andropov, Gromiko y todos sus demás consejeros. Los dirigentes del Kremlin veían a Nixon «como una especie de secretario general a la americana». No podían entender por qué Ford no podía reafirmar su poder sobre el Congreso y por qué se plegaba ante los diversos lobbies y grupos de presión. Es más, los dirigentes soviéticos no entendían que la singular combinación de factores políticos y personales que había hecho llegar la distensión hasta 1974 hubiera desaparecido.

El éxito de la distensión de 1969 a 1973 reflejaba las tendencias a largo plazo que caracterizaron la política de Occidente durante los años sesenta, empezando por los grandes alborotos sociales y culturales y el aumento del aislacionismo norteamericano y del antimilitarismo europeo. La fragmentación del frente interno y del impacto en la esfera doméstica de la construcción del Muro de Berlín y de la guerra de Vietnam hizo que una nueva generación de políticos de Alemania Occidental y de Estados Unidos se mostrara dispuesta a negociar con los soviéticos desde una posición de igualdad. En cambio, los dirigentes del Kremlin se imaginaban la distensión de una manera completamente distinta. Creían que era el premio a años y años del costoso reforzamiento militar-estratégico que había cambiado la correlación de fuerzas mundiales a favor de la Unión Soviética. Este

error de concepto, aunque comprensible, fue una equivocación fatal. No tardaría en verse ampliamente demostrada una vez más en el terreno de las batallas por poderes que libraron las superpotencias en África.

### LA LUCHA POR ÁFRICA

A pesar de sus fatídicas consecuencias, la escalada de la intervención soviética en África fue una curiosa actividad secundaria en el programa de actuaciones del Kremlin. África siguió estando básicamente en la periferia de la política exterior soviética. Más tarde, los expertos de la URSS afirmarían que los dirigentes soviéticos no tuvieron una doctrina específica ni unos planes a largo plazo sobre África.<sup>75</sup> Yuri Andropov confesó en una ocasión que los soviéticos «se vieron arrastrados a África» en contra de sus máximos intereses.<sup>76</sup> ¿Cómo pudo ser?

El Politburó «descubrió» África al mismo tiempo que inició su apoyo a los nacionalistas árabes radicales. Desde el comienzo, los soviéticos actuaron partiendo de la premisa de que la descolonización del continente supondría un golpe trascendental contra el capitalismo mundial y una gran victoria del comunismo. Ivan Maiski decía en una carta a Jrushchov y Bulganin en diciembre de 1955 que «el próximo acto de la lucha por el dominio global del socialismo se desarrollará a través de la liberación de la explotación imperialista que sufren los pueblos coloniales y semicoloniales». Y añadía: «Al mismo tiempo la pérdida de las colonias y de las semicolonias por las potencias imperialistas debe acelerar la victoria del socialismo en Europa y eventualmente en Estados Unidos».<sup>77</sup>

El propio Jrushchov soñaba convertir a determinados países africanos en «escaparates del socialismo» y baluartes del mundo socialista en expansión. Verdaderamente trascendental para él y para otros auténticos creyentes en el partido era que hubiera mucha gente en África que mirara con esperanza e incluso con entusiasmo al modelo soviético de industrialización y modernización social. Los líderes anticoloniales africanos de finales de los años cincuenta no veían la Unión Soviética como un estado totalitario, sino como un faro de

progreso, una alternativa a las odiadas potencias coloniales y su sistema capitalista.<sup>78</sup>

Este impulso ideológico se vería reforzado por la aversión de Moscú hacia la tendencia de Occidente a considerar a África una esfera de influencia exclusivamente suya. Los soviéticos no habían olvidado el hecho de que Stalin no lograra establecer bases navales en Libia. Un veterano diplomático ruso tenía la sensación de que Estados Unidos se comportaban «como si hubiera una extensión de la Doctrina Monroe de América a África».<sup>79</sup> La extrema volatilidad política del África poscolonial tras la descolonización creó la posibilidad permanente de crear y recrear esferas de influencia entre los dos bloques enfrentados en la Guerra Fría. En términos generales, se trató de un reciclaje del mismo tipo de situación que había lanzado a las potencias europeas a perfilar la totalidad de África durante la segunda mitad del siglo XIX. Karen Brutents, la experta en África del Departamento Internacional del Comité Central, y Leonid Shebarshin, oficial de alto nivel del servicio de inteligencia, comparaban a la Unión Soviética y Estados Unidos con dos boxeadores para quienes el intercambio de golpes se hubiera convertido en el principal objetivo y la principal motivación. La crisis del Congo, en la que se vieron envueltos Eisenhower y Jrushchov, así como el secretario general de la ONU, Dag Hammarskjold, y el líder congoleño, Patrice Lumumba, se convirtió en protagonista de las noticias locales e internacionales de la URSS durante varios meses.<sup>80</sup>

Los resultados de esta primera ofensiva soviética fueron embarazosos. Tras las importantes inversiones hechas en el Congo, los soviéticos perdieron la batalla por este país y fueron expulsados de Ghana y de Guinea. El desenlace del experimento por el cual se pretendía convertir Guinea en un «escaparate del socialismo» resultó especialmente doloroso y congeló durante toda una década la fe de los soviéticos en la posibilidad de transformar África.<sup>81</sup> El informe Polianski de 1964 criticaba el proyecto de Jrushchov consistente en apoyar a los «regímenes progresistas» de África, y concluía: «A menudo nos falta por completo el conocimiento práctico de estos países, pero les proporcionamos sin reservas ayuda financiera, técnico-económica y militar y de otro tipo». En muchos casos la generosidad soviética en

África «daba lugar a resultados deplorables: los dirigentes de esos países devoran lo que les damos, y luego nos dan la espalda. Los capitalistas se ríen de nosotros y tienen buenos motivos para hacerlo». Al mismo tiempo, los dirigentes del Kremlin nunca repudiaron la justificación ideológica de la intervención soviética en África. Creyeron simplemente que Jrushchov se había extralimitado y había olvidado ser selectivo «desde el punto de vista de los criterios de clase». <sup>82</sup>

Durante los años setenta volvieron a olvidarse las lecciones recibidas. Cabe sospechar que la rivalidad entre Moscú y Beijing por la hegemonía sobre las «fuerzas progresistas» y los movimientos de liberación nacional en todo el mundo facilitó la vuelta de la URSS al africanismo. Pero en 1970, el KGB y el Departamento Internacional del Comité Central presentaron un informe al Politburó en el que comunicaban con absoluto aplomo que la «ofensiva» china en África había sido derrotada. Brezhnev dijo a Kissinger en abril de 1972 que un diplomático soviético destinado en Argelia había descubierto en cierta ocasión un restaurante chino en pleno desierto. «Todo el que entraba en el restaurante a comer, salía con un fajo de propaganda china gratuita. Era la época en la que tratábamos de dividir el movimiento comunista mundial. Pues bien, cuando salieron perdiendo en su afán de alcanzar la hegemonía sobre dicho movimiento y no pudieron seguir sosteniéndose, cerraron el restaurante que habían montado en Argelia.» <sup>83</sup> Pero sería en el otoño de 1970, una vez acabada la lucha de Moscú contra la «diplomacia de rollitos primavera» de China, cuando el KGB de Andropov propusiera al Politburó una política más activa en África obteniendo autorización para llevarla a cabo. <sup>84</sup>

Los factores que llevaron a los soviéticos a volver a África fueron el paradigma imperial-revolucionario que seguía dominando el pensamiento del Kremlin, el vacío político e ideológico existente en el continente negro, y las insistentes solicitudes de intervención por parte de los propios dirigentes africanos. Como decía el informe del KGB, tras años y años de intentar obtener la ayuda de Estados Unidos y de las potencias de Europa Occidental, los nacionalistas africanos llegaron a la conclusión de que «la Unión Soviética era la única gran potencia que podía ayudarles a alcanzar sus objetivos políticos y sociales». <sup>85</sup> Los dirigentes del Kremlin no podían perder otra «oportu-

nidad histórica» de influir en los procesos de descolonización y modernización del continente africano.

En esta ocasión, sin embargo, la intervención soviética en África no fue sólo una cruzada emprendida por motivos ideológicos. El África subsahariana y el Cuerno de África se convirtieron en el escenario en el que los militares soviéticos harían la demostración de su nueva capacidad de proyección como potencia. La lucha por África en la que se enzarzaron la Unión Soviética y Estados Unidos se convirtió de hecho en la manifestación de uno de los principales motivos de la conducta de la URSS durante los años setenta, esto es, actuar como potencia global igual que las demás.<sup>86</sup> Desde 1964, la Unión Soviética había empezado a construir una marina estratégica y una flota bastante numerosa de aviones de transporte. Durante la guerra del Yom Kippur todo este potencial llamó la atención del mundo. El alto mando de la marina soviética, especialmente el almirante Sergei Gorshkov, estaba ansioso por competir con la marina norteamericana y exigió disponer de bases en África. En 1974, la URSS consiguió una en Somalia.<sup>87</sup> Como el tiempo se encargaría de demostrar muy pronto, aquella adquisición no valía el esfuerzo que había costado.

La imagen de la expansión soviética en África no estaría completa sin los nuevos factores socioeconómicos. Cuando el precio del petróleo se cuadruplicó a raíz de la guerra del Yom Kippur, la Unión Soviética se convirtió en la principal beneficiaria de las ventajas imprevistas que produjo este acontecimiento. La producción soviética de crudo aumentó de los ocho millones de barriles al día de 1974 a los once millones de 1980, convirtiendo a la URSS en el líder del mercado mundial del petróleo. Durante los años setenta la renta anual de divisas fuertes procedentes de la venta de petróleo y gas natural que obtenía la URSS aumentó un 2.250 por 100, y ascendía a los veinte mil millones de dólares. El rápido crecimiento de este excedente financiero permitió al Kremlin sufragar los gastos de la expansión imperial en África.<sup>88</sup>

Parafraseando el «Big Deal» de Roosevelt en la Norteamérica de los años treinta, la década de los setenta marcó en la URSS el desarrollo del «pequeño convenio» de Brezhnev, un pacto social no escrito entre el régimen, las elites del país, y el pueblo. Se trataba de un

elaborado sistema de prebendas, privilegios, una «economía en la sombra», y diversas formas especiales de ganar el dinero suficiente para poder llevar una vida cómoda, incluso acomodada. En la sociedad soviética aparecieron de pronto numerosos signos de prosperidad. La expansión de la URSS en África ofreció numerosas nuevas oportunidades al «pequeño convenio», aunque no se le dieran mucho pábulo. Creó decenas de millares de puestos muy bien remunerados para los militares y numerosos miembros de la *nomenklatura* soviética. Las embajadas en los países africanos se convirtieron en destino favorito de semidestierro para los miembros de las elites del partido que habían perdido el favor de Brezhnev. El sociólogo Georgi Derlugian, que trabajó como intérprete en la embajada de la URSS en Moputu, Mozambique, a comienzos de los años ochenta, cobraba un sueldo especial en «cheques en moneda extranjera»; el valor adquisitivo de dicho sueldo era quince o veinte veces superior que el del salario medio en la URSS por esa misma época. Al cabo de unos años de «prestar un servicio internacionalista» en África, los ciudadanos soviéticos podían comprarse pisos en Moscú, coches, casas de campo (dachas), y bienes de consumo fabricados en Occidente en la cadena de tiendas especiales del estado, las *Beryozka*, en las que sólo se aceptaban divisas extranjeras, no rublos. En consecuencia, concluye Derlugian, estas motivaciones hicieron de los distintos ministerios y agencias de la URSS focos de presión a favor de la «ayuda internacional» a los diversos regímenes africanos con supuesta «orientación socialista». «Como en muchos otros imperios, tras la expansión de las esferas de influencia se ocultaban intrigas burocráticas elementales y el deseo de crear nuevos puestos lucrativos.»<sup>89</sup>

Las peleas de mentirijillas entre las superpotencias en África contribuyeron a camuflar esta ansiosa búsqueda de beneficios. La pelea por África en la que se enzarzaron Estados Unidos y la Unión Soviética empezó a intensificarse al tiempo que la distensión llegaba a su punto culminante. Los servicios de inteligencia de uno y otro país se vigilaban mutuamente en los rincones más apartados del continente africano. Un destacado diplomático norteamericano realizó en 1974 un viaje por África en misión de inspección y descubrió que «Estados Unidos deseaba tener una presencia plena en todas partes, como co-

rrespondía al país líder del mundo occidental, y además pretendía particularmente vigilar a los representantes de la URSS. En su afán de prestigio y de penetración, la Unión Soviética tenía también entonces embajadas residentes en casi todos los países de África». <sup>90</sup> El orgullo y la lógica de la rivalidad bilateral, no los intereses estratégicos o económicos, lanzaron a ambas potencias rumbo a la colisión.

Hubo dos acontecimientos que aceleraron ese rumbo: la «Revolución de los Claveles» en Portugal en abril de 1974 y la caída de Vietnam del Sur en abril de 1975. Cherniaev, desde el Departamento Internacional, comparaba lleno de entusiasmo el golpe de estado de Portugal con la caída de la dinastía Romanov en Rusia. «Un acontecimiento enorme», decía en su diario. Otro funcionario del mismo departamento sugería que la intervención soviética en Angola y en el Cuerno de África y posteriormente la invasión de Afganistán fueron fruto de «una conclusión equivocada de la derrota de los norteamericanos en Vietnam». <sup>91</sup> Ford y Kissinger, acribillados por las críticas a la distensión en su país, se convencieron también de que tras el fracaso de Vietnam podría producirse un efecto dominó. A Kissinger en particular le preocupaba el papel de los comunistas en Portugal y creía que Estados Unidos debía impedir que los rusos llenaran el vacío que se había producido en Angola, ex colonia portuguesa. Poco antes de la Conferencia de Helsinki, Ford firmó una orden secreta para que la CIA emprendiera la realización de operaciones encubiertas en Angola, «para restablecer el equilibrio» en este país a favor de los norteamericanos. <sup>92</sup>

La intervención soviética en Angola en 1975, como la anterior ofensiva a gran escala de la URSS en África, se caracterizó por la falta de un plan u objetivo estratégico claro. Esta vez, sin embargo, adoleció además de una peligrosa falta de rumbo en el proceso de toma de decisiones. Brezhnev tenía muy poco interés en los acontecimientos de África y delegó las cuestiones cotidianas relativas a este gran continente en el aparato del partido en general y en nadie en particular. A falta de un líder dinámico, la política exterior y de seguridad quedó en manos de la troika formada por el ministro de Asuntos Exteriores, Gromiko, el director del KGB, Andropov, y el ministro de Defensa, Grechko (a su muerte en abril de 1976, el puesto fue a parar

a Ustinov). Pero esta troika no actuó como un equipo cohesionado, sino más bien como una alianza incómoda de funcionarios viejos, dedicados a intercambiarse favores y decidido cada uno a deteriorar la posición de los otros a sus espaldas. Todos ellos debían la posición que ocupaban a Brezhnev; al mismo tiempo (como había demostrado la caída de Jrushchov), los tres juntos representaban una amenaza política para el secretario general. El más mínimo indicio de una asociación entre ellos más allá de los límites oficiales podía hacerlos sospechosos a ojos de Brezhnev y significar el fin de sus carreras. Por este motivo, los miembros de la troika tuvieron buen cuidado de verse solamente en las reuniones oficiales, esto es, en las sesiones del Politburó. Se mostraron además extremadamente reacios a inmiscuirse cada uno en el terreno burocrático de los otros. En consecuencia, Gromiko era el que tenía la primera palabra en las cuestiones diplomáticas. Grechko y Ustinov ostentaban prácticamente el monopolio en los asuntos militares. Y Andropov era experto en ambas materias, debido a la información que le proporcionaban los servicios de inteligencia. Sin embargo, se sentía enormemente inseguro y prefería adaptarse a los otros dos en las áreas de su competencia.<sup>93</sup> Todos los integrantes de la troika estaban interesados en perpetuar el statu quo, esto es, el liderazgo cada vez más ficticio de Leonid Brezhnev. El secretario general, incluso en el débil estado en que se hallaba, seguía siendo la única autoridad que refrendaba el dominio de la troika sobre los demás miembros del Politburó, que en cualquier momento podían intentar adueñarse del proceso de elaboración de la política del país.

Por estas razones funcionales y personales, los dirigentes soviéticos fueron incapaces de llevar a cabo proyectos e iniciativas audaces. Tocó a otros personajes dinámicos y motivados desde el punto de vista ideológico arrastrar a los líderes soviéticos al terreno de juego africano, entre ellos el angoleño Agostino Neto, el etíope Mengistu Haile Mariam, pero especialmente Fidel Castro y sus colegas revolucionarios de Cuba.<sup>94</sup> Contrariamente a lo que creían los norteamericanos, los líderes cubanos no eran meras marionetas u hombres de paja de Moscú. Desde los años sesenta, Fidel y Raúl Castro, Che Guevara (hasta su muerte en 1967) y otros revolucionarios cubanos habían apoyado las actividades guerrilleras en Argelia, Zaire, Congo

(Brazzaville) y Guinea-Bissau. La marcha de los estadounidenses de Vietnam en 1975 fue, a juicio de los cubanos, una oportunidad de iniciar una nueva ronda de luchas antiimperialistas en el África subsahariana.<sup>95</sup>

Hasta comienzos de los años setenta, las relaciones cubano-soviéticas siguieron siendo muy tensas, pues la sombra de la «traición» soviética de 1962 pendía aún sobre La Habana.<sup>96</sup> El KGB y el Departamento Internacional del Comité Central intentaron restablecer los estrechos lazos que los unían con los cubanos: Andropov y Boris Ponomarev, que encabezaban respectivamente estas organizaciones, eran los herederos de las tradiciones revolucionarias internacionalistas de la Komintern. En 1965, Andropov dijo a uno de sus asesores que la futura competición con Estados Unidos iba a tener lugar no ya en Europa, sino en África y América Latina. Cuando la Unión Soviética lograra hacerse con bases en estos continentes, podría gozar de un estatus de igualdad con los norteamericanos.<sup>97</sup> Grechko y los militares apoyaban tenazmente esta lógica. Angola resultaba un objetivo muy atractivo. A partir de 1970, el KGB defendió la ayuda y el entrenamiento del Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA), cuyo líder, Agostino Neto, era un viejo amigo de los hermanos Castro. Desde finales de 1974, Angola se convirtió en escenario de la rápida expansión de la cooperación soviético-cubana.<sup>98</sup>

La historia completa de la escalada de la presencia soviética en Angola sigue enterrada en los archivos. Según cierta versión, Gromiko, Grechko y Andropov recomendaron al Politburó enviar una ayuda no militar modesta al MPLA, pero le advirtieron que se abstuviera de intervenir directamente en la guerra civil de Angola. Pocos días después, sin embargo, el Departamento Internacional transmitió al Politburó la petición de armas de los angoleños. Tras unos breves momentos de vacilación, la misma troika modificó su postura y respaldó dicha petición. A comienzos de diciembre de 1974, inmediatamente después de la cumbre de Vladivostok, se abrió la espita de la asistencia militar soviética.<sup>99</sup> Este cambio de actitud tal vez fuera fruto de las presiones ejercidas por los amigos soviéticos y cubanos de Agostino Neto, pero también del sistema de favores burocráticos mutuos imperante a falta de la intervención directa de Brezhnev. El

mismo esquema de cambio de decisiones se repetiría a mayor escala en 1979 a propósito de Afganistán.

La decisión americana de apoyar a los enemigos del MPLA vino a limitar las opciones del Kremlin. El primer lugarteniente de Gromiko, Georgi Kornienko, pensaba que la escalada de la intervención soviética en Angola se debió únicamente a la política de subversión de los norteamericanos. En otoño de 1975, la troika, respaldada por Suslov, sostuvo que su «deber moral internacionalista» era ayudar a Angola. En un momento dado, hallándose Brezhnev trabajando con sus colaboradores encargados de escribirle los discursos en su dacha, Georgi Arbatov, uno de sus asesores «ilustrados», le advirtió que la intervención en Angola podría afectar gravemente a la distensión. Alexandrov-Agentov se manifestó airadamente en contra. Recordó la ayuda soviética a los republicanos durante la guerra civil española en 1935. Recordó asimismo a Brezhnev con cuánta beligerancia habían actuado los norteamericanos cuando su país cliente, Pakistán, se había sentido amenazado en 1971. El secretario general, cuya energía y cuyo interés por la distensión habían empezado a disminuir en aquella época, evitó tomar postura en el debate. Más tarde, sin embargo, se acomodaría a la actitud intervencionista predominante. En octubre de 1975, Dobrinin informó a Brezhnev acerca de las repercusiones cada vez más negativas de los asuntos de Angola en Estados Unidos, pero la noticia no hizo más que irritar al secretario general. Estaba convencido de que los norteamericanos no sabían reconocer las «intenciones honestas» de la URSS. La Unión Soviética, dijo, no pretendía establecer bases militares de ningún tipo en Angola, sino simplemente ayudar a los internacionalistas del país.<sup>100</sup>

Esta situación reforzó aún más la posición de los cubanos. Dos semanas después de la firma del Acta Final de Helsinki, Castro envió a Brezhnev un plan para el transporte de varias unidades regulares del ejército cubano a Angola. En ese momento, Brezhnev se negó rotundamente a incrementar la ayuda militar soviética a Angola y a transportar a los cubanos hasta allí. Sin embargo, no se sabe cómo, en el mes de noviembre las primeras unidades de combate cubanas estaban luchando ya al lado del MPLA. Kornienko aseguraría más tarde que los cubanos engañaron a la representación militar de la URSS en

Cuba haciéndole creer que contaban con autorización del Kremlin para que los trasladaran al otro lado del Atlántico. Gromiko, Grechko y Andropov estaban asombrados; reconocieron que la intervención de los cubanos podía provocar una fuerte reacción de Estados Unidos, crear complicaciones a la distensión e incrementar incluso las tensiones en torno a la propia Cuba. Mientras tanto, los castristas ya habían iniciado la «operación Carlota», destinada a salvar al MPLA. Lo que hace que la historia resulte todavía más intrigante es la total ausencia de pruebas procedentes de los archivos cubanos de La Habana.<sup>101</sup>

Dos años antes, Brezhnev no había hecho nada para ayudar al régimen socialista de Salvador Allende en Chile, cuando estaba a punto de venirse abajo, y había rechazado sus peticiones de préstamos. Ese mismo año, los soviéticos empezaron a perder su influencia en Egipto. En agosto de 1975, las grandes esperanzas de una victoria comunista en Portugal se habían esfumado.<sup>102</sup> Mientras preparaba el informe que iba a presentar al congreso del partido, Brezhnev se enfrentaba a tres fracasos evidentes en el plano internacional. Añadir Angola a la lista habría resultado excesivo. Los señores del Kremlin se sintieron obligados a «salvar a Angola» y a apoyar a los cubanos, pues estaba en juego el prestigio de la URSS. Kornienko recuerda que «el reflejo del deber internacionalista tuvo mucho que ver, sobre todo porque este episodio tuvo lugar después de que se produjera la intervención armada en Angola por parte de la República Sudafricana. Dicha intervención contó de facto con el apoyo de los estadounidenses, si es que no fue organizada por ellos». Además, abandonar a las tropas cubanas que estaban combatiendo en Angola contra tropas enemigas pagadas con dinero norteamericano e integradas en parte por mercenarios extranjeros habría supuesto sacrificar por segunda vez al pequeño aliado del Caribe (la primera habría sido la retirada de los soviéticos durante la crisis de los misiles cubanos).<sup>103</sup>

A comienzos de 1976, Gerald Ford retiró la palabra «distensión» de su vocabulario. Kissinger, profundamente preocupado por el empleo de tropas cubanas vicarias por parte de los rusos, declaró que la asociación soviético-estadounidense no podría «sobrevivir a más Angolas». Mientras tanto, gracias a la ayuda militar masiva de la URSS,

las tropas cubanas despejaron casi toda Angola de mercenarios sudafricanos y de combatientes del Frente Nacional para la Liberación de Angola, apoyado por la CIA. Los estados africanos empezaron a reconocer al régimen angoleño dirigido por el MPLA. No hay nada mejor que el éxito. Los asesores soviéticos y cubanos empezaron a entrenar a la población negra de Sudáfrica, concretamente a los militantes del Congreso Nacional Africano. La influencia soviética aumentó en Zimbabue y Mozambique. La victoria cubana permitió a los rusos superar las tensiones a las que se hallaban sometidas las relaciones entre Cuba y la URSS.<sup>104</sup> Y semejante victoria fue un maravilloso regalo para Brezhnev y el congreso del partido. Y permitió a los dirigentes soviéticos obtener apoyos en el movimiento de los no alineados y entre los grupos de todo el mundo que apoyaban los movimientos anti-colonialistas y contrarios al *apartheid*.<sup>105</sup>

#### DISGUSTOS CON CARTER

A pesar del revuelto que se desató por lo de Angola, Brezhnev y otros miembros del Politburó esperaban que Ford ganara las elecciones y reanudara la asociación en aras de la distensión. Una vez más, la volatilidad de la política norteamericana hizo que se esfumaran las esperanzas del Kremlin. En noviembre de 1976, el ex gobernador de Georgia, Jimmy Carter, un hombre poco conocido que se dedicaba al cultivo de cacahuets, derrotó a Ford. Carter se caracterizaba por una curiosa mezcla de buenas intenciones, ideas vigorosas, vaguedad en sus prioridades, y un estilo de gestión minucioso y entrometido. Tenía afán de ir más allá de la «vieja agenda» de la Guerra Fría y estaba seriamente comprometido con la idea del desarme nuclear. El nuevo presidente había prometido una «nueva política exterior» que fuera menos opaca y estuviera menos envuelta en el secretismo y tuviera más en cuenta los derechos humanos.

Carter declaró públicamente que ya era hora de superar el «temor desordenado al comunismo». En privado, sin embargo, una de las grandes inquietudes de la Casa Blanca era si la Unión Soviética intentaría poner al presidente a prueba a la manera en que Jrushchov

había puesto a prueba a Kennedy en 1961. Brezhnev aseguró inmediatamente a Carter que en esta ocasión no habría ningún intento de ponerlo a prueba.<sup>106</sup> El Kremlin tenía sus propios temores respecto a Carter. Algunos expertos soviéticos creían que, debido a su inexperiencia, el nuevo presidente sería prisionero de las fuerzas contrarias a la distensión. El secretario de Estado de Carter, Cyrus Vance, era conocido como hombre mesurado partidario de la distensión. En cambio, el nuevo consejero de Seguridad Nacional, Zbigniew Brzezinski, suscitó preocupación de inmediato. Hijo de un diplomático polaco y destacado especialista en el totalitarismo soviético, había alcanzado bastante notoriedad en Moscú como arquitecto de las estrategias elaboradas para delimitar la influencia soviética en Europa Central y como el cerebro que se ocultaba tras la Comisión Trilateral que intentaba hallar una armonía entre los tres centros del capitalismo, Estados Unidos, Europa Occidental y Japón.<sup>107</sup>

La campaña de Carter en pro de los derechos humanos deterioró enseguida sus relaciones con el Kremlin. Los Grupos de Observación de Helsinki, formados por activistas de los movimientos democráticos nacionalistas a partir de agosto de 1974, operaban en Moscú, pero también en Ucrania, Lituania, Georgia y Armenia; vigilaban las violaciones del Acta Final perpetradas por la URSS y las ponían en conocimiento de los medios de comunicación extranjeros. Un veterano del grupo de Moscú recuerda que «nuestras predicciones más optimistas daba ahora la sensación de que estaban al alcance: parecía probable que la nueva política exterior estadounidense insistiera en que los soviéticos actuaran en consonancia con las promesas que habían hecho en Helsinki. Estaba empezando a salir a la superficie la alianza de políticos occidentales y disidentes soviéticos». Como represalia, en enero y febrero de 1977, el KGB arremetió contra los Grupos de Observación de Helsinki y detuvo a sus activistas, entre otros a Yuri Orlov, Alexander Ginzburg y Anatoli Scharanski. El 18 de febrero, Dobrinin recibió la orden de comunicar a Vance que la nueva política norteamericana violaba fundamentalmente los principios básicos sobre los que Brezhnev y Nixon se habían puesto de acuerdo en 1972. Diez días después, Carter invitaba a la Casa Blanca al disidente Vladimir Bukovski.<sup>108</sup>

Para Brezhnev, la continuación de aquella asociación y el progreso del control de armamento eran más importantes que las disputas por los derechos humanos. Poco antes de la toma de posesión de Carter, el dirigente soviético intentó mandarle una señal de signo positivo. En un discurso pronunciado en Tula el 18 de enero de 1977, el secretario general presentó por primera vez la doctrina soviética de la seguridad en términos defensivos claros. La Unión Soviética, dijo, no buscaba una superioridad que le permitiera asestar el primer golpe, y el objetivo de su política militar era construir un potencial defensivo capaz de disuadir a cualquier posible agresor. Brezhnev esperaba que su discurso neutralizara cualquier campaña sobre la «amenaza militar soviética» que pudieran lanzar los medios de comunicación norteamericanos y ayudara a Carter. Uno de los autores de sus discursos, sin embargo, se dio cuenta de que aquel gesto no bastaba. «El escándalo armado en torno a la amenaza soviética se basa en hechos», decía Cherniaev en su diario. «Las afirmaciones periódicas en el sentido de que no somos una amenaza para nadie no servirán de nada. Si no introducimos un cambio real en nuestra política militar, la carrera armamentística destinada a agotarnos económicamente seguirá adelante.»<sup>109</sup>

Los soviéticos echaban de menos la continuidad política y las relaciones confidenciales con la Casa Blanca, a las que se habían acostumbrado durante la época de Nixon y Kissinger. Carter, en cambio, les hizo ver que los términos de la asociación habían cambiado. Dobrinin intentó en vano reactivar los canales extraoficiales con Carter a través de Brzezinski. El nuevo presidente estaba decidido a tratar con los soviéticos sin diplomacia secreta. Deseaba manejar la política exterior a través de Vance y del Departamento de Estado. Además, adoptó la propuesta sobre control de armamento desarrollada por los analistas neoconservadores del senador Jackson, entre los cuales destacaban Richard Perle y Paul Nitze. Dicha propuesta planteaba «recortes en profundidad» en algunos sistemas estratégicos y, sobre todo, la eliminación de la mitad de los cohetes Satán.<sup>110</sup> Ello significaba, naturalmente, que el denostado marco de Vladivostok en el que se inscribía el Tratado SALT debía ser desechado. Significaba también que el bando soviético debía perder la mitad de los misiles mejo-

res y de mayor tamaño que tenían almacenados en sus silos, mientras que los norteamericanos sólo tenían que hacer la promesa de no desplegar ningún sistema comparable en el futuro. Aplazaba además la cuestión de la limitación de los misiles de crucero norteamericanos y de los Backfires soviéticos, asunto que los rusos consideraban que estaba casi zanjado.<sup>111</sup>

Brezhnev estaba hecho una furia. Pensaba que había pagado con su propia salud el pacto de Vladivostok. Una nueva propuesta habría significado otra ronda de tira y afloja en el plano interno y en el internacional, algo que el caduco secretario general no podía permitirse. Ordenó a Gromiko, Ustinov y Andropov que redactaran una «carta dura» para Carter instándole a alcanzar un acuerdo rápido basado en los pactos a los que había llegado con Ford en Vladivostok. En dicha carta, Brezhnev subrayaba que se habría abierto así el camino para una entrevista personal de ambos mandatarios, cuestión de grandísima importancia para el dirigente soviético. Aunque sorprendido por el tono firme del mensaje del secretario general, Carter se mantuvo en sus trece. Anunció que Vance se trasladaría a la Unión Soviética con una gran delegación y nuevas propuestas, una de «recortes en profundidad y otra basada en el marco de Vladivostok, pero sin límites en lo referente a los misiles de crucero y los bombarderos Backfire soviéticos. Los militares rusos encontraron inaceptables ambas propuestas. Antes de que Vance llegara a Moscú, el secretario general se entrevistó con la troika en su dacha; es muy probable que todos los presentes en la reunión decidieron que había llegado el momento de «dar una lección a los americanos».<sup>112</sup>

El rechazo de las propuestas norteamericanas por parte de los soviéticos era inevitable, pero la dureza de sus términos resultó una desagradable sorpresa. En la primera reunión, celebrada el 28 de marzo de 1977, Brezhnev se mostró displicente e irritado. Ni Gromiko ni él disimularon su desprecio por la política de Carter y algunos de sus comentarios fueron ofensivos para la propia persona del presidente. Interrumpieron a Vance y ni siquiera le permitieron leer la propuesta que traía de reserva y que habría abierto el camino a una solución de compromiso. La delegación norteamericana volvió a casa con las manos vacías. Para atizar más el fuego, Gromiko denunció las propuestas de

los norteamericanos en una conferencia de prensa convocada especialmente a tal efecto. Como luego diría Vance, «nos dieron un buen chasco y nos dijeron que nos fuéramos por donde habíamos venido». <sup>113</sup>

La salud de Brezhnev fue definitivamente un factor determinante del fracaso de Moscú, pero el nuevo abismo que se había abierto entre las prioridades políticas de uno y otro bando era mucho más importante. Particularmente trascendental fue el hecho de que los soviéticos quisieran alcanzar una paridad numérica, cosa que resultaba intolerable para los norteamericanos, que hasta entonces habían gozado de una clara superioridad. Incluso diez años después, cuando Ronald Reagan y Mijail Gorbachov firmaron un tratado sobre la eliminación de misiles de alcance medio, no lograron ponerse de acuerdo respecto a la consecución de un marco global para el resto del armamento estratégico. <sup>114</sup>

El choque en lo referente a los derechos humanos fue también otro síntoma del abismo cada vez mayor que separaba al Kremlin de la Casa Blanca. Después de varios años tratando con un hombre pragmático como Kissinger, los dirigentes soviéticos estaban convencidos de que Carter sólo pretendía meter ruido y hacer propaganda a sus expensas. Sencillamente, los dirigentes del Kremlin, producto de la cultura política estalinista, no podían concebir por qué el presidente prestaba tanta atención al destino de unos cuantos disidentes. Gromiko prohibió incluso a sus secretarios poner sobre su mesa información sobre este asunto. En una conversación con Vance, llegó a preguntarse: ¿Por qué la Casa Blanca no subrayaba los aspectos constructivos de la política exterior soviética como lo hacía Moscú? <sup>115</sup> Andropov llevaba insistiendo largo tiempo en que las campañas sobre derechos humanos no eran más que «intentos por parte del adversario de activar a los elementos hostiles de la URSS proporcionándoles ayuda material, financiera o de cualquier otro tipo». <sup>116</sup> Nadie se dio cuenta en aquellos momentos de que el fracaso de las conversaciones de Moscú suponía el fin de la asociación soviético-norteamericana al máximo nivel, importantísimo mecanismo de la distensión. En febrero de 1977, Brezhnev, por consejo de Gromiko, escribió una carta a Carter diciéndole que se reuniría con él sólo cuando el Tratado SALT estuviera listo para la firma. En consecuencia, la próxima cum-

bre soviético-norteamericana no se produciría hasta junio de 1979, en Viena, cuando Brezhnev estaba ya al borde de la desintegración física y mental.<sup>117</sup>

Ahora resulta fácil considerar el período inmediatamente posterior al año 1977 la época del inexorable empeoramiento de las relaciones soviético-norteamericanas. Los especialistas han analizado las áreas y los acontecimientos más importantes que, en su opinión, contribuyeron a producir este resultado: la continuación del intervencionismo soviético en África; el lento y en último término inútil proceso de control de armamento; y el clima cada vez más antisoviético reinante en la política interior de Estados Unidos. Pero todos esos problemas y todas esas dificultades ya habían existido antes, y pese a todo había florecido la distensión. Y ni siquiera otros obstáculos mayores impedirían que Reagan y Gorbachov se convirtieran en socios en las negociaciones que entablarían más tarde, en los años ochenta. Llega uno a la conclusión de que la distensión habría podido continuar, a pesar de todos estos problemas, si Brezhnev hubiera seguido dispuesto a hacer un determinado esfuerzo por mantener una asociación política con los dirigentes norteamericanos. Esta conclusión no implica menospreciar la complejidad de las relaciones internacionales y de los procesos de toma de decisión propios del régimen soviético y de la democracia estadounidense. Subraya, en cambio, el papel trascendental de las personalidades de más relieve y su voluntad política en una coyuntura crítica de la historia internacional, en la que empezaron a surgir nuevas oportunidades y nuevos peligros.

La falta de ideas claras sobre la Unión Soviética que caracterizaba a Carter tuvo en la anulación de la distensión un papel tan importante como el que tuvieron las creencias de Brezhnev en su concepción. Debido a la influencia de Brezhnev y de los críticos neoconservadores de su propio país, el presidente norteamericano empezó a sospechar que la Unión Soviética era una potencia temeraria e imprevisible, confundiendo al anciano dirigente del Kremlin, siempre sensible a cualquier estímulo, con el liderazgo pendenciero y militante de Nikita Jrushchov. En mayo de 1978, Carter escribió a Brezhnev diciéndole que «la combinación que suponían el incremento del poder militar soviético y la miopía política alimentada por las ambiciones de

gran potencia podía llevar a la URSS a intentar explotar los disturbios locales, especialmente en el Tercer Mundo, e intimidar a nuestros amigos, con el fin de obtener ventajas políticas y finalmente incluso la hegemonía política. Por eso me tomo muy en serio las actividades soviéticas en África y por eso me preocupa el refuerzo militar de la URSS en Europa. Veo además que algunos planes soviéticos apuntan hacia el océano Índico a través de Asia Meridional, y quizá al envolvimento de China». Con el fin de contener a los soviéticos en África, Brzezinski y el secretario de Defensa, Harold Brown, efectuaron una jugada de *Realpolitik*, un acercamiento a Beijing destinado a utilizar la «carta china» contra los soviéticos. Vance se opuso a dicha política calificándola de peligrosa para las relaciones soviético-estadounidenses, pero Carter se puso de parte de Brzezinski y Brown. Envio al primero de ellos a Beijing con amplios poderes para normalizar las relaciones con la China comunista. Esta decisión, observa Raymond Garthoff, desencadenó una serie de acontecimientos que tendrían unas consecuencias mucho más amplias y profundas que lo que permitía el comportamiento de la URSS en aquellos momentos. Más o menos por esa misma época, Dobrinin dijo a Averell Harriman, que intentaba defender la política de la administración norteamericana, que nada impediría ya «cambiar el clima emocional reinante actualmente en Moscú». <sup>118</sup> El ciclo acción-reacción, tan pronunciado en las relaciones soviético-norteamericanas antes del viaje de Nixon a Moscú en mayo de 1972, volvía a estar en vigor.

El Politburó, por su parte, no fue en absoluto capaz de entender la profundidad de las motivaciones de Carter para desarrollar el control de armamento y reducir las tensiones. Por el contrario, Brezhnev y sus socios pensaron que el presidente era un peón en manos de sus consejeros. Gromiko comentó en privado a Vance que «Brzezinski ya se ha superado» haciendo afirmaciones cuya «finalidad es situarnos de nuevo casi en el período de la Guerra Fría». En junio de 1978, Brezhnev se quejó en el Politburó de que Carter «no sólo está cayendo bajo la influencia habitual de los tipos más descaradamente anti-soviéticos y de los líderes del complejo de industria militar de Estados Unidos. Pretende luchar por la reelección como presidente escudándose en la bandera de la política antisoviética y de la vuelta a la Gue-

rra Fría». Dos meses después, llegó a Moscú otra evaluación poco halagüeña a través de la «carta política» trimestral enviada por la embajada soviética en Washington. El comunicado llegaba a la conclusión de que Carter estaba reevaluando las relaciones entre su país y la URSS. «La iniciativa de esta situación ha salido de Brzezinski y varios consejeros presidenciales de asuntos internos; han convencido a Carter de que lograría detener el proceso de deterioro de su posición dentro del país emprendiendo claramente una marcha más hostil hacia la Unión Soviética.» El informe citaba al líder del partido comunista de Estados Unidos, Gus Hall, que se refería a Brzezinski como el «Rasputín del régimen de Carter».<sup>119</sup>

La cumbre de Viena de junio de 1979 demostró que en unas circunstancias distintas Brezhnev y Carter habrían podido ser buenos socios. El presidente se mostró considerado y paciente: intentó a todas luces encontrar algún tipo de vínculo emocional con el líder soviético. Tras la firma de los acuerdos SALT, el presidente se volvió de repente hacia Brezhnev y lo abrazó. Entregó discretamente al secretario general el borrador de propuesta para la siguiente ronda de conversaciones sobre control de armamento, en el que se abordaba la reducción de los sistemas estratégicos. Se abstuvo incluso de hacer la habitual alusión a la cuestión de los derechos humanos. A pesar de su debilidad, Brezhnev se sintió conmovido y más tarde comentaría a sus colegas que Carter era «al fin y al cabo, bastante buen chico». En el curso de la despedida, el presidente norteamericano se volvió hacia el intérprete ruso, Viktor Sujodrev, y le dijo con su famosa sonrisa: «Vuelva a Estados Unidos y traiga a su presidente con usted».<sup>120</sup> Seis meses después, los soviéticos invadían Afganistán.

### ¡BIENVENIDOS A AFGANISTÁN!

Los miembros del Politburó, especialmente la troika formada por Gromiko, Andropov y Ustinov, siguieron sin entender la distensión y considerándola primordial y casi exclusivamente consecuencia de la «nueva correlación de fuerzas» y del poderío militar soviético. Durante algún tiempo, dio la sensación de que esos errores de percepción

no iban a ser fatales. Pero Afganistán lo cambió todo. El golpe de estado dado por los militares en la remota Kabul en abril de 1978 llevó a un grupo de izquierdistas sectarios al poder. Inmediatamente proclamaron la «Revolución de Abril» y apelaron a la Unión Soviética en busca de ayuda. Los soviéticos no tenían nada que ver con aquel asunto y no estaban precisamente muy preparados para hacerle frente. Según los testimonios más recientes, incluso el KGB se enteró del golpe de estado izquierdista *post facto*. Como señala Raymond Garthoff, Richard Nixon y su aliado en la región, el shah de Irán, probablemente movieran la primera piedrecita que dio lugar a la avalancha de acontecimientos que afectaron a Afganistán. En 1976 y 1977, el shah convenció al presidente afgano, Mohammed Daoud, de que abandonara su alineación al lado de la Unión Soviética y arremetiera contra los izquierdistas de su país.<sup>121</sup> Irónicamente, el régimen del shah cayó poco después de que la situación en Afganistán empezara a aclararse. El equilibrio de la región quedó destruido, con unas consecuencias desastrosas para la posteridad.

Desde el punto de vista del Kremlin, la proximidad de Afganistán a la frontera soviética y a Asia Central hacía que la «revolución» en este país fuera distinta de otros casos de África, por lo demás similares. La creciente inestabilidad de las fronteras del sur no hizo sino intensificar la tentación de convertir a Afganistán en un satélite estable, sometido firmemente a la tutela de la URSS. En el KGB se impuso la sombría mentalidad propia de la Guerra Fría. Como recuerda un antiguo alto funcionario del KGB, Afganistán pertenecía, a su juicio, a la esfera de intereses soviética y, por lo tanto, la URSS «debía hacer todo lo posible para evitar que los americanos y la CIA instalaran allí un régimen antisoviético». Tras el golpe de 1978, los contactos afgano-soviéticos proliferaron rápidamente a través de los canales establecidos por el Ministerio de Defensa, el KGB, el Ministerio de Asuntos Exteriores, y una legión de organismos y ministerios relacionados, entre otros asuntos, con la economía, el comercio, la construcción y la educación. Sobre Kabul cayeron innumerables delegaciones del partido y consejeros de Moscú y de las repúblicas soviéticas de Asia Central. Es indudable que los motivos que impulsaban a los dirigentes políticos y burócratas rusos eran los mismos que los habían

movido durante la lucha por África. Dicho sea de paso, los representantes y asesores soviéticos desplazados a Afganistán gozaban de los mismos elevados sueldos en divisas extranjeras que sus colegas habían recibido en Angola, Etiopía, Mozambique, Yemen del Sur y otros países del Tercer Mundo, en los que llevaban a cabo el «deber internacionalista» de «ayudar a los regímenes de orientación socialista». <sup>122</sup>

Rápidamente, los asesores y visitantes soviéticos cayeron en la trampa de la desabrida política revolucionaria. Los líderes de la facción Khalq, el primer ministro Nur Mohammad Taraki y su emprendedor lugarteniente, Hafizullah Amin, empezaron a purgar al grupo rival Parcham. Los dirigentes afganos creían en el terror revolucionario y se inspiraron en las purgas estalinistas. En septiembre de 1978, Boris Ponomarev, del Comité Internacional, se trasladó en misión secreta a Afganistán para advertir a Taraki de que la Unión Soviética lo abandonaría si continuaba destruyendo a los demás revolucionarios. Estas advertencias, así como las llamadas a la unidad efectuadas por los soviéticos, cayeron en saco roto. Los revolucionarios afganos creían —y no se equivocaban— que la Unión Soviética sencillamente no podía permitirse el lujo de abandonarlos a su suerte. Poco antes de que Ponomarev llevara a cabo su misión, el titular de la Dirección General de Inteligencia del KGB, Vladimir Kriuchkov, visitó Kabul y firmó un acuerdo sobre colaboración de los respectivos servicios secretos y cooperación. El objetivo principal del acuerdo era «luchar contra la presencia cada vez mayor de la CIA en Kabul y en todo Afganistán». <sup>123</sup> El 5 de diciembre de 1978, Brezhnev y Taraki se entrevistaron en Moscú y firmaron el Tratado de Amistad, Buena Vecindad y Cooperación. Taraki regresó a Kabul convencido de que Brezhnev lo apoyaba personalmente. En efecto, el secretario general encontró de su agrado al líder afgano, engañosamente caballeroso. <sup>124</sup>

En marzo de 1979, Moscú se despertó con una terrible noticia. La ciudad y la comarca de Herat se habían sublevado contra el régimen del Khalq y una chusma de insurgentes había matado brutalmente a los funcionarios de Kabul, a sus asesores soviéticos y a sus familias. Taraki y Amin hicieron desesperados llamamientos a Moscú solicitando la intervención militar soviética «para salvar la revolución». Fue la primera señal importante de que había entrado en esce-

na otra fuerza, el nacionalismo militante afgano y el fundamentalismo islámico. Una vez más el Politburó había sido cogido por sorpresa y no estaba preparado para analizar debidamente este nuevo acontecimiento. Las discusiones que tuvieron lugar en el Kremlin revelan con pasmosa claridad los peligros del liderazgo ficticio de Brezhnev en una situación de crisis. Al principio de la discusión, la troika encargada de la política exterior defendió la intervención militar para salvar al régimen de Kabul. Acordaron que «perder Afganistán» como parte integrante de la esfera de influencia soviética habría sido inaceptable, desde el punto de vista geopolítico e ideológico. Brezhnev se hallaba ausente, descansando en su dacha. La tendencia intervencionista ganó fuerza rápidamente.<sup>125</sup>

Al día siguiente, todo había cambiado: todo el apoyo a la intervención se había evaporado literalmente de la noche a la mañana. Ustinov fue el primero en airear la verdad: el régimen de Kabul pretendía que las tropas soviéticas lucharan contra el fundamentalismo islámico, peligro que habían creado los propios dirigentes afganos con sus reformas radicales. Andropov arguyó que «no podemos sostener la revolución en Afganistán sólo con la ayuda de las bayonetas, y además es algo que no nos podemos permitir en absoluto». Gromiko salió con otro argumento: «Todo lo que hemos hecho en los últimos años con tanto esfuerzo en términos de distensión de las relaciones internacionales, de reducción de armamento, y muchas más cosas, todo ello se vendría abajo. Naturalmente China se encontraría con un magnífico regalo. Todos los países no alineados se pondrán en contra nuestra». El ministro de Asuntos Exteriores recordó también al Politburó que la intervención militar habría provocado la cancelación de la cumbre con Carter en Viena y también la de la visita del presidente francés, Giscard d'Estaing, prevista para finales de marzo.<sup>126</sup>

¿A qué se debió este cambio? Las nuevas informaciones, especialmente una conversación telefónica entre Kosygin y Taraki, clarificaron la realidad existente en Afganistán. Un factor aún más decisivo, sin embargo, debió de ser la intervención personal de Brezhnev y la posición de su asistente en materia de política exterior, Alexandrov-Agentov.<sup>127</sup> Como dijo Gromiko, Brezhnev mantenía su apuesta por la distensión. Su interés en firmar el acuerdo SALT con Estados Uni-

dos y en evitar cualquier cosa que pudiera complicar sus entrevistas con otros dirigentes occidentales acabó teniendo un peso decisivo. Además, por naturaleza consideraba cualquier intervención militar un arma que debía emplearse sólo como último recurso. Brezhnev se presentó personalmente en el Politburó, que se hallaba en sesión permanente desde hacía tres días, para oponerse a la intervención. Cuando Taraki llegó a Moscú trasladado en un avión militar soviético, se le comunicó que los rusos no desplegarían fuerzas en Afganistán. Los soviéticos prometieron nuevas ayudas al ejército afgano y presionaron a Irán y Pakistán para que limitaran la penetración de fuerzas radicales islámicas en territorio afgano. Tras escuchar la breve respuesta de Taraki, Brezhnev se levantó y salió de la habitación, como dando a entender que el asunto había concluido.<sup>128</sup>

La decisión de no intervenir, sin embargo, no parece que fuera definitiva. La inicial postura intervencionista de la troika auguraba problemas en el futuro. No se renunció al ilusorio proyecto de conducir a Afganistán «por la senda de la reforma socialista». De hecho, Gromiko, Andropov, Ustinov y Ponomarev lo reafirmaron en el memorándum que presentaron al Politburó poco después de que Taraki abandonara Moscú. En consecuencia, las inversiones materiales soviéticas en el régimen de Kabul aumentaron y el número de asesores soviéticos, sobre todo militares y del KGB, ascendía, según ciertos cálculos, a cuatro mil.<sup>129</sup>

Todo ello se reveló fatal cuando se produjo la siguiente lucha por el poder en Afganistán entre Taraki y Amin. La verdad es que el resultado habría sido previsible. Hafizullah Amin era un líder mucho más astuto y eficaz, con unos atributos personales y un estilo que recordaban mucho a los del dirigente iraquí Saddam Hussein. El modelo del papel de Amin era Iosif Stalin; se apoyó en la fuerza bruta para construir el régimen y estaba dispuesto a asumir grandes riesgos con tal de alcanzar sus ambiciosos objetivos. La energía demostrada a la hora de construir el ejército afgano y de sofocar la revuelta en Herat le ganó las simpatías de los asesores militares soviéticos. Brezhnev, sin embargo, estaba de parte de Taraki. A primeros de septiembre de 1979, el primer ministro afgano hizo una parada en Moscú cuando regresaba a su país después de una reunión de los países no

alineados en La Habana. Brezhnev y Andropov le dijeron que Amin planeaba dar un golpe de estado contra él y que acababa de retirar a sus hombres de los puestos clave en los servicios de seguridad. Hay buenas razones para creer que tras esta conversación, el KGB, junto con la embajada soviética en Kabul, intentaron quitar de en medio a Amin, pero que la conjura fracasó. Al margen de lo que pudiera ocurrir, Amin detuvo a Taraki y el 9 de octubre ordenó que lo estrangularan en su celda. A continuación, Amin expulsó al embajador soviético.<sup>130</sup> De repente, el asesinato del favorito de Brezhnev implicó personal y emocionalmente al secretario general en los asuntos de la revolución afgana. Parece que Brezhnev dijo a Ustinov y a Andropov: «¿Qué clase de chusma es ese Amin? ¡Ahorcar al hombre con el que participó en la revolución! ¿Quién lleva ahora el timón de la revolución afgana? ¿Qué dirá la gente de los demás países? ¿Puede alguien confiar en las palabras de Brezhnev?». A partir de ese momento los ánimos empezaron a decantarse a favor de la intervención militar y de la eliminación de Amin. Se cuenta que Alexandrov-Agentov dijo a un funcionario del Departamento Internacional que era necesario enviar tropas a Afganistán.<sup>131</sup>

La rápida escalada de la revolución en Irán a partir de enero de 1979, la proclamación de la República Islámica de Irán el 31 de marzo de ese mismo año, y el rápido crecimiento del apoyo iraní a los fundamentalistas rebeldes del sudoeste de Afganistán probablemente contribuyeron a la revisión de la decisión de no intervenir. Los dirigentes del Kremlin no podían saber que la revolución iraní iba a inaugurar una nueva era de radicalización del islam que sobreviviría a la Guerra Fría y a la Unión Soviética. Sospecharon y al principio exageraron burdamente la implicación de los norteamericanos en el desarrollo del movimiento fundamentalista en Afganistán. Ustinov, Andropov y Alexandrov-Agentov en particular empezaron a pensar en Afganistán exclusivamente a la luz de la rivalidad de suma cero entre soviéticos y norteamericanos.<sup>132</sup> La entrada de fuerzas estadounidenses en el golfo Pérsico tras la captura de la embajada norteamericana por los radicales islámicos el 4 de noviembre de 1979, alarmó al estado mayor del ejército. El general Valentin Varennikov recordaría más tarde que en aquellos momentos «nos preocupaba que si Estados

Unidos se veían obligados a salir de Irán, trasladaran sus bases a Pakistán y se apoderaran de Afganistán». El ministro de defensa, Ustinov, planteó supuestamente la siguiente pregunta: si los norteamericanos hacen todos estos preparativos ante nuestras propias narices, ¿por qué íbamos nosotros a tener que agachar la cabeza, actuar con cautela y perder Afganistán?<sup>133</sup> En estas circunstancias, los informes del KGB desde Kabul diciendo que Amin estaba haciendo un doble juego y que se entrevistaba en secreto con los norteamericanos resultaron especialmente inquietantes. La traición de Sadat unos cuantos años antes había preparado el terreno para que proliferaran las sospechas.

La decisión soviética de eliminar a Amin y «salvar» Afganistán constituye un caso notable de «pensamiento de grupo» al nivel más alto de la dirección de la URSS, y sobre todo entre los miembros de la troika encargada de elaborar la política del país. En un determinado momento, entre los meses de octubre y noviembre, Andropov respaldó la postura de Ustinov y los dos empezaron a tramar la invasión. Luego Gromiko y Alexandrov-Agentov dieron su consentimiento. Los protagonistas mantuvieron los preparativos en el más absoluto secreto y a espaldas del resto del Politburó y de los analistas de su propia plana mayor. Desde el punto de vista de la troika, la tarea más importante era conseguir que Brezhnev se sumara a la trama. A comienzos de diciembre de 1979, Andropov le presentó una serie de argumentos a favor de la invasión. Según le decía en una carta: «Ahora no existe la menor garantía de que Amin no se pase a Occidente para asegurarse su poder personal». La carta proponía llevar a cabo un golpe de estado contra Amin y llevar al poder en Kabul a la facción de revolucionarios afganos en el exilio.<sup>134</sup>

Recientes investigaciones han demostrado que los argumentos fundamentales de Andropov acerca de la inminente traición de Amin se basaban en unas pruebas sorprendentemente inconsistentes. Parece que el director del KGB desempeñó el mismo papel que desempeñara en 1968 durante la crisis de Checoslovaquia: utilizó la información y la desinformación para inducir a Brezhnev a decidirse por la intervención. El 8 de diciembre, Andropov y Ustinov hablaron al secretario general de la posibilidad del despliegue en Afganistán de

misiles de corto alcance norteamericanos cuyo objetivo habrían sido las instalaciones militares de la URSS en Kazajstán y Siberia. Ustinov propuso aprovechar las reiteradas peticiones de tropas soviéticas que había hecho Amin y enviar varias divisiones a Afganistán para asegurar su relevo con tranquilidad. La intención original era retirar esas tropas inmediatamente después de que se estableciera un nuevo régimen.<sup>135</sup>

Incluso en aquellos momentos la preocupación por las graves consecuencias de todo aquello para la distensión habría podido una vez más vencer los argumentos a favor de la intervención. Pero en esta ocasión ni Brezhnev ni Gromiko pusieron objeciones. En el otoño de 1979, la distensión parecía estar cayendo en picado y a punto de precipitarse al abismo. La pequeña dosis de buena voluntad generada por la cumbre Brezhnev-Carter se había evaporado. Debido a la insistencia de varios senadores demócratas, la Casa Blanca provocó una falsa alarma en torno a la presencia de una brigada soviética en Cuba, acusación que había sido completamente inventada. Este hecho contribuyó a intensificar en Moscú la sospecha de que en Washington alguien había decidido desafiar a la Unión Soviética en toda regla.<sup>136</sup>

La «gota que colmó el vaso» y que hizo que la balanza se decantara a favor de la intervención fue la decisión de la OTAN de desplegar una nueva generación de armas estratégicas nucleares —misiles Pershing y misiles de crucero— en Europa Occidental. Esta decisión, tomada oficialmente en una reunión especial de los ministros de Asuntos Exteriores y de Defensa de los países de la OTAN en Bruselas el 12 de diciembre, había sido pronosticada por los analistas soviéticos unos días antes. Dio validez a los argumentos de Ustinov y Andropov quienes, en su reunión con Brezhnev, el 8 de diciembre, subrayaron que el problema de Afganistán se había convertido en un elemento más de una situación de empeoramiento estratégico y que los misiles de corto alcance norteamericanos podían ser desplegados también en ese país.<sup>137</sup>

La cúpula del ejército soviético fue el último grupo que intentó expresar sus objeciones a la intervención prevista. El jefe del alto estado mayor, el mariscal Nikolai Ogarkov, expresó sus reservas y las de

sus colegas ante Brezhnev y la troika en una conversación informal antes de la sesión del Politburó acerca de Afganistán celebrada el 10 de diciembre. Citó los peligros que habría supuesto para las tropas soviéticas verse atascadas en unas condiciones arduas y con las que no estaban familiarizadas, y recordó a los dirigentes políticos que los temores de las actividades hostiles de los norteamericanos en la región eran imaginarios. En vez de discutir las preocupaciones de Ogarkov, Ustinov, cuyas relaciones con el mariscal eran tensas, le dijo que se callara y que obedeciera a sus superiores. Unos minutos después, en la sesión del Politburó, Ogarkov intentó de nuevo advertir a los presentes de las serias consecuencias que podía tener la invasión. «Aliñearíamos a todo el mundo islámico de Oriente contra nosotros y sufriríamos un deterioro político en todo el mundo.» Andropov lo cortó: «¡Céntrese en los asuntos militares! ¡Déjenos a nosotros la elaboración de la política, al partido y a Leonid Ilich!». Ese día, el Politburó no tomó ninguna decisión. Dos días después, el 12 de diciembre, Andropov, Ustinov y Gromiko se enteraron de que la OTAN había decidido desplegar misiles Pershing y misiles de crucero en Europa. Esta vez el Politburó aprobó el plan de Ustinov-Andropov de «salvar» Afganistán mediante la combinación de un golpe de estado y la intervención militar. Brezhnev, muy débil, pero visiblemente emocionado, estampó su firma en la decisión que daba vía libre a la intervención.<sup>138</sup>

La burda incompetencia con la que los soviéticos llevaron a cabo la invasión hizo que resultara inútil el pretexto oficial presentado por Moscú en el sentido de que el propio gobierno de Kabul había pedido a la Unión Soviética que lo defendiera. La torpeza del KGB agravó además el problema. Al principio, unos agentes soviéticos intentaron envenenar a Amin, pero como el veneno no surtió efecto, unos comandos asaltaron su palacio, provocando un verdadero baño de sangre. La airada reacción de Estados Unidos y de la comunidad internacional ante aquel sangriento golpe hizo que se viniera abajo todo el edificio de la distensión de las superpotencias. Existen pruebas de que Brezhnev tomó como algo personal el desmantelamiento de la distensión por Washington y que apenas supo entender que la intervención en Afganistán había sido un gran error. Su consejero de polí-

tica exterior recordaría más tarde que el secretario general se lamentó en una ocasión ante Andropov y Ustinov: «¡Vosotros me habéis metido en este lío!». <sup>139</sup>

La carrera de Brezhnev como estadista había llegado a su fin; a un final muy triste. Cherniaev anotó en su diario: «No creo que nunca en la historia de Rusia, ni siquiera con Stalin, haya habido un período en el que se emprendieran unas acciones tan importantes sin el menor rastro de discusión, asesoramiento o deliberación. Entramos en un período peligrosísimo en el que el círculo de los gobernantes no puede apreciar plenamente qué es lo que está haciendo y por qué». <sup>140</sup> Cherniaev y otros funcionarios «ilustrados» esperaban que se produjera un milagro que ayudara a la Unión Soviética a superar aquella peligrosa situación.